

Cosecha de silencios



Antología de escritura creativa

*Cosecha
de silencios*



INSTITUTO
DE LA
CAÑADA

Cosecha de silencios

D.R. © Instituto de la Cañada

D.R. © Los Otros Libros

Primera edición, 2025

Cuidado de la edición y corrección de estilo:

Mariana Zárate

Isabella Torres

Ilustraciones:

D.R. © Santiago Salina Miranda (p.7)

D.R. © Jorge Alberto Ortiz Hernández (p. 19)

D.R. © Sofía Moreno (pp. 109 y 119)

Diseño e imagen de portada:

D.R. © Isabella Torres

D.R. © Sofía Moreno

Impreso en México

Editorial Los Otros Libros promueve la libre divulgación del arte y la cultura, es por ello que invita a sus lectores a descargar y compartir sus publicaciones desde la página web: losotroslibros.com.mx dando los créditos correspondientes a los autores.

*Cosecha
de silencios*

Antología de escritura creativa
INSTITUTO DE LA CAÑADA

Segundo
Semestre



Sofía Moreno

¿QUIÉN ES SOFÍ?

Amo el mundo, aunque a veces prefiero verlo desde lejos.
Me encanta la gente, pero más me encanta estar conmigo.
No porque me falte amor afuera, sino porque dentro de mí ya hay suficiente.

Soy palabras que flotan, pensamientos que nunca dejan de girar.

Escribo porque mi mente es un río y no quiero que se desborde.

Soy madura, soy niña, soy todo lo que he vivido y todo lo que aún me falta por descubrir.

Amo a mis papás, pero también amo mi soledad, y más que eso, es mi espacio donde espero que no rompan mi brujería a excepción de mí, como alguien quien ama el ruido pero necesita el silencio.

Amo a mi hermano más que a nadie, porque es mi persona favorita en este mundo tan grande.

No lo digo mucho, pero lo sé: Soy la mejor persona que conozco, no por encima de nadie, sino en mi propia historia.

No es ego, es amor.

Y el amor, cuando es real, nunca sobra.

No me gusta leer pero cómo adoro escribir.

Me odio pero me amo.

POR AHORA

Viviré como pez en el agua.
Viviré con el sol en la cara.
Viviré con tu nombre en la mente.
Pero por ahora, solo vivo porque respiro.

Adivinaré el número correcto en la lotería.
Adivinaré la respuesta correcta.
Adivinaré tus pensamientos.
Pero por ahora, ni mis decisiones son correctas.

Leeré en público.
Leeré mil palabras por minuto.
Leeré las lágrimas que se te escapen.
Pero por ahora, soy analfabeta.

Borraré tanto que la hoja se romperá.
Borraré mis angustias.
Borraré la comodidad de tus días.
Pero por ahora, ignoro el error.

Lograré correr un maratón.
Lograré alcanzar el cielo.
Lograré que me des una bofetada.
Pero por ahora, se quedan como sueños.

Nevará y haré ángeles.
Nevará y tendré calefacción.
Nevará y no te abriré la puerta.
Pero por ahora, dejo que mis dedos se entuman.

Por ahora, no me preocupo.
Por ahora, lo dejo todo para el final.
Por ahora, no me importas.
Pero solo por ahora.

A QUIÉN LE IMPORTA EL SOL

Eloy y Sora. Al principio, eran inseparables. Eran fuerza y calma, risa y ternura. Eran lo que todos envidiaban. Eloy lo sabía; cada vez que la veía reír, cada vez que sus ojos se encontraban al otro lado de una habitación llena de gente, buscándose y encontrándose, sentía el vértigo de saber que ella era su hogar. Y ella sabía que él sería la luz que la guiaba con tanta energía.

Pero incluso los hogares pueden desmoronarse. Y el sol puede ser tapado por un eclipse. Esta fue la primera y última vez que los escombros no fueron reconstruidos, y la luna tapó por siempre al sol.

La primera grieta apareció cuando Eloy respondió: “Estoy bien. Volveré pronto”. Poco a poco “pronto” se convirtió en un tiempo indefinido, mientras el espacio entre ellos crecía.

Eloy notó el cambio, claro que sí. Notó cómo sus ojos ya no brillaban con la misma intensidad. Notó el cansancio en su mirada. Pero cada vez que intentaba hablarlo, se congelaba, temiendo que, si tiraba de ese hilo, todo se fuese a deshilar. Entonces fingió no verlo. Se convenció de que el amor bastaba, de que mientras ambos siguieran allí, las cosas mejorarían. Aunque el amor no siempre basta cuando el silencio crece entre palabras no dichas.

Fue después de una reunión particularmente escandalosa cuando todo comenzó a colapsar. Eloy regresó a casa con el cuerpo sudado, con olores ajenos al perfume de Sora, más cariñoso que nunca, remediando su culpa, aunque la mirada perdida de Sora cada día se adentraba más a un laberinto infinito. Cuando le preguntó qué había hecho, Eloy fingió no tomarle importancia.

Sora no volvió a decir nada, pero la decepción en sus ojos fue inconfundible. Esa noche durmieron espalda contra espalda, un abismo entre ellos que parecía insalvable.

Después de eso, la distancia se volvió rutina. Comenzaron a hablar menos, a reír menos. Eloy pasó más tiempo fuera, enfrentando casos que le recordaban lo rota que estaba su relación. Sora comenzó a salir más con amigas, a buscar compañía en otros lugares para llenar el vacío que él dejó.

Hasta que un día, Eloy volvió a casa y encontró la nota. Sin rencores, sin recriminaciones. Solo un adiós suave y doloroso.

Necesito encontrarme a mí misma. Necesito aprender a estar bien, incluso si tú no estás aquí. Porque últimamente, no has estado, Eloy. Y no puedo seguir aferrándome a una sombra. Te querré siempre. Pero no puedo seguir rompiéndome, esperando a que vuelvas al pasado donde no me habías traicionado.

Fue entonces cuando sintió cómo todo su mundo se derrumbaba. Porque ella tenía razón. Se había ausentado, incluso cuando estaba a su lado. Había dejado que el miedo a perderla lo volviera ciego, y ahora, la había perdido de todos modos. Y claro que Sora lo notó, porque siempre fue tan meticulosa y era particularmente inteligente, ob-

viamente notó las caricias llenas de culpa, cómo cada vez que Eloy cometía una traición, lo remediaba estando de nuevo. Pero siempre volvía a cegarse por no ser capaz de recuperar lo que alguna vez consideró suyo.

Él se quedó esperando a que ella regresara, pero la puerta nunca se abrió.

Ella esperaba a que él la llamara, pero el celular nunca sonó.

Y así, se rompieron. No con gritos o promesas rotas. Sino con silencios prolongados y palabras que nunca se dijeron.

Santiago Salinas Miranda

VIAJAR ESCUCHANDO

A mí me apasiona escuchar música, y creo que no podría vivir sin ella. Por eso, quiero contarles mi travesía a través de estas notas.

Mi viaje sinfónico comenzó cuando era pequeño, con algo tranquilo: canciones infantiles clásicas. A mi parecer, fue uno de los comienzos más suaves y normales en el mundo de la música. También había algo de música clásica, y de fondo sonaban las bandas sonoras de películas, aunque entonces no les prestaba mucha atención. Yo diría que fue una etapa con tonos color pastel y brillantes.

Todo eso ocurrió durante los primeros años de mi vida, hasta que empecé a notar la música que escuchaba mi padre. Iba desde bandas clásicas como The Beatles hasta canciones más actuales (en esos años, alrededor de 2014). Sin darme cuenta, la música en inglés fue la que más me atrajo.

Fueron pasos guiados, de cierto modo, por mis padres (aunque un poco más influenciados por mi papá). Durante ese tiempo, ellos me ayudaban a caminar a ciegas, ya que yo no sabía que existían distintos géneros musicales. Pero llegó un momento en el que comencé a caminar solo... aunque aún sin saber muy bien hacia dónde.

Hubo una etapa en mi vida marcada por el miedo y la oscuridad. Conocí la banda sonora de un videojuego que me ayudó un poco, pero también me afectó. En lu-

gar de iluminar mi camino, las sombras me envolvían cada vez más. Aprendí a abrazar esa oscuridad sin salir de ella, acompañándola con música que me hacía sentir triste, melancólico, solo y, por momentos... con un terror absoluto.

Pero, por alguna razón que aún no comprendo del todo, esa música me hacía sentir lleno y sano, aunque por dentro me sintiera vacío. Hoy en día, pienso que si otras personas la escucharan, quizá les provocaría cierta demencia.

Así fue durante dos años, hasta que, en lo profundo de mis recuerdos, volví a encontrar la música de mi padre (la más actual, relativamente, de entre 2007 y 2014). Entonces redescubrí una de mis canciones favoritas de aquel tiempo: *Pumped Up Kicks*. Al desglosarla, descubrí a la banda que la creó, Foster the People, y a muchas otras más. Finalmente, comencé a caminar con claridad y una buena visión, asentándome —al menos por un tiempo— en el género indie. También escuchaba, de vez en cuando, música que me producía nostalgia.

Después de bastante tiempo, y por primera vez en mi vida, comencé a fijarme en las bandas sonoras de las películas, escuchando ocasionalmente algún *soundtrack*.

Y así llegamos a lo más reciente. Descubrí a un artista muy pequeño en este enorme mundo, que, aun sin ser muy conocido, logró tocar algo profundo en mí y convertirse en uno de mis favoritos. Gracias a eso, por fin pude prestar más atención a la música mientras veía las películas, sin necesidad de escuchar el *soundtrack* por separado. Como un extra, aprendí a tocar algunas de esas piezas en piano, lo que me inspiró a aprender otros instrumentos también.

Eso sí, de vez en cuando escucho la música de mi “época oscura”. Aunque sé que puede provocar sensacio-

nes desagradables en otros, es música que me gusta. Creo que logré encontrar un equilibrio entre esa oscuridad y el resto de la música, así que no creo que la deje pronto.

Y así, al mirar mi historia sinfónica... puedo decir que es algo extraña.

Francisco Xavier Navarro Aguirre

CONJURO, INMORTALIDAD

Algo pasó mientras crecía:
los árboles fueron envejeciendo,
el pasto se fue secando...
Sin embargo, yo,
siempre me estuve quedando.

Pasaba el tiempo,
pasaban los años,
y todo iba muriendo a mi alrededor.
Sin embargo,
yo siempre quedaba.

Todo era pasajero,
pero yo,
yo siempre estaré aquí para verlo.
Siempre estaré condenado
a presenciar cómo toda la vida se acaba,
sin poder esperar
el fin de la mía.

Cuarto

Semestre



Isabella Torres

AUTORRETRATO

¿Quién soy? Una pregunta muy compleja que no estoy muy segura de saber la respuesta. Si me preguntan quién soy lo sé, pero si tengo que explicarlo no lo sé. Entonces soy una contradicción andante, soy todo y nada a la vez, soy lo que hago y lo que no hago. Soy lo que soy y lo que no soy.

Siempre he creído que cada persona es un universo completamente distinto, cada una llena de sueños, experiencias, recuerdos e ideas completamente distintas. Soy lo que hago y digo, pero sobre todo, soy lo que no hago y no digo, soy amor pero también soy egoísmo.

Soy los errores y aciertos de mis padres, pero sobre todo soy los errores y aciertos que mis padres no cometieron. Soy la hija de mi madre y la nieta de mi abuela. Soy un pedacito de la vida de cada persona que se cruzó en mi camino, indirecta o directamente, se cruzaron en mi vida para ser lo que soy ahora.

Soy una estrella que algún día volverá al cielo y se convertirá en una otra vez. Soy un elefante grande en la tierra, pero también soy una catarina pequeñita que vuela libre. Soy el sonido de un llama ángeles. Soy ruido y silencio, soy calma y caos, soy frío y caliente, blanco y negro.

No soy una persona que sigue a todos, no soy la mejor, no soy expresiva, no soy ruda, no soy la opinión de los demás, no soy solo lo que se ve en la superficie, no soy la

que se arrepiente del pasado, no soy mis logros, no soy lo que puedo hacer, no soy alguien muy sociable, no soy pesimista, no soy un ser sin emociones, no soy perfecta; todo lo que no soy también forma parte de lo que soy y estoy tan conforme con todo lo que no soy que incluso amo no ser perfecta.

Soy todo lo que soy, pero sobre todo soy lo que no soy. Simplemente soy yo.

MIL HORAS EN UN SEGUNDO

Mediré el tiempo pasar por la ventana,
un árbol danzante.
Perderé las ganas de quitar la mancha,
una taza de café.

Contaré los números cambiar progresivamente,
un centímetro de altura.
Contemplaré el futuro acelerar al presente,
un álbum familiar.

Recordaré los segundos olvidar las horas,
un escenario en mi cabeza.
Extrañaré cada segundo del día vivir contigo,
los anillos de los árboles.

Esperaré sentada el tiempo,
pasar por la banqueta.

SEMBRAR

Ver esa nueva vida que no era más que el comienzo de algo grande, contradictorio, mágico, único y especial. Con su llegada vino a alegrar y alumbrar la vida de varios, aquellos que callan y escuchan lo que ella todavía no puede expresar con palabras.

Era de noche, posiblemente la más tranquila de todas, con la luna alumbrando el cielo llegó ella, una estrella en la tierra. Nació una niña, la primera en la familia.

“Tiene una niña blanca como una semá”, dijo el doctor a la abuela. Una comparación, de hecho, entrelazada con un bebé y un pan: esa niña se horneó durante nueve meses y esa noche salió una semá; si el doctor no hubiera sido amigo de la familia, esa comparación pudo, incluso, nunca verbalizarse.

La noche influyó en ella desde el momento en que nació, tranquila, pensante, observadora. Su momento favorito del día sería la noche, donde todos dormían, ella apenas iba despertando, sintiendo, escuchando y observando, tranquilidad de la noche, tiempo para pensar y agradecer, querer y admirar.

Si existiera una palabra para describir ese momento sería agradecer. Agradecer la vida, el tiempo, el cariño, el estar ahí en ese momento, el sentir, pensar, oír, ver y respirar. Su papá fue y compró hamburguesas para dar a las enfermeras y doctores que atendieron el parto, un gesto de gratitud y generosidad, el pequeño detalle de las hamburguesas es el gran recordatorio de que ella nació en la noche.

Todas las pequeñas cosas que pasan el día en que nacemos influye en lo que somos de grandes y va formando

nuestro carácter. Todos los que estaban ahí con la recién nacida, sembraron una semilla en ella para toda la vida, sin intención, solo estando ahí ya hacían un cambio impactante, no solo en una vida sino en varias. Cuando ella creciera no sería siquiera consciente de lo que su nacimiento había traído a esa familia, ni todo lo que ella había formado ese día.

Nació por primera vez ese día, pero iba a nacer otras veces más a lo largo de su vida. Todos deberíamos aprender a nacer más de una vez en nuestra vida y a distinta edad, dejar un pedazo de nuestra vida en la de alguien más. Como un campesino que va y siembra esperando que sean buenas temporadas para su cosecha, habrá algunas semillas que no crezcan, pero no es porque el campesino no las haya cuidado, sino porque la semilla no quería ser sembrada y crecer o simplemente no era el momento.

Ella nació para sembrar y agradecer, sería esa campesina que inicia sembrando y espera, espera paciente, luego cuando la siembra dé frutos agradecerá por cada una de las cosechas.

Sembrar fue su misión desde el día en que nació, lo haría sin siquiera ser consciente de que estaba sembrando, sembrando en ella, sembrando en los demás, sembrando en todos. Su nacimiento fue sinónimo de siembra y frutos de cosecha.

Jorge Alberto Ortiz Hernández

TELARAÑAS

19 de abril de 1978, en las afueras de la capital de Suiza, Sandra esperaba el tren para regresar a casa después de la fiesta de cumpleaños de su mejor amiga. La noche era oscura y silenciosa, y Sandra se sentía como si estuviera flotando en un mar de sombras. Un hombre se acercó a ella, su rostro iluminado solo por la luz de un farol lejano. Sandra no podía ver sus rasgos con claridad, pero se sintió inquieta. El hombre le habló en un tono bajo y suave, y ella se sintió como si estuviera siendo arrastrada hacia un abismo sin fondo. No podía entender lo que le estaba diciendo, pero sintió una sensación de miedo creciente. Él se acercó de una manera suave, le preguntó algo e intentó entablar una conversación, Sandra era cortante pero, poco a poco, el hombre fue ganando su confianza. Se dirigía al mismo destino que ella y la invitó a tomar un café en su casa. Aceptó. Dentro de su casa el hombre tenía un comportamiento extraño, así que cuando le ofreció la segunda taza de café, Sandra se negó y él sonrió de una manera extraña.

Despertó en su habitación, sintiendo una sensación de malestar y ansiedad. Se levantó de la cama y se dirigió al espejo del baño. Al mirarse, se dio cuenta de que su reflejo estaba distorsionado, como si alguien estuviera manipulando la imagen del espejo. El foco explotó, el espejo se rompió y la puerta se cerró de golpe. Sandra se

quedó unos momentos en el suelo porque tenía varios pedazos del foco incrustado en la piel, gritó pero nadie respondió. Golpeó la puerta, pero cada golpe era una agonía ya que tenía el brazo lleno de cristales incrustados en su piel. Afuera, la luz se tornó en un color opaco, pudo verlo por la rendija de la puerta. Se recostó en el suelo, no aguantaba el dolor que le ocasionaban sus heridas. Desde su posición pudo observar cómo la puerta se abrió lentamente. El lugar que estaba del otro lado era completamente diferente al que ella recordaba. Sandra estaba paralizada, pero necesitaba saber qué estaba pasando, salió del baño y se internó en la selva, una selva muy peculiar: árboles gigantes, el cielo rojo y a lo lejos, gritos de agonía, sonidos de aves extrañas. Dio la vuelta para regresar, pero la puerta del baño se cerró. Intentó desesperadamente abrirla pero con la poca fuerza que tenía, no pudo. Escuchó un sonido extraño proveniente de lo alto de un árbol, lentamente volteo hacia arriba y vio una araña con forma humanoide: sus ojos blancos casi como si no tuvieran alma. La araña se acercó a ella y su boca se abrió como un abismo insondable.

Sandra despertó en su baño, el foco servía y el espejo no estaba roto. No tenía heridas. Se sintió aliviada, pensando que todo había sido un sueño. Cuando salió del baño, estaba en medio de la ciudad de Berna, infestada de vegetación y con un cielo rojo. Escuchó gritos de agonía que venían desde lejos. Se puso pálida cuando miró a sus padres tirados delante. Se acercó a ellos pero, cuando pudo incorporarlos, vio un gran agujero en medio de sus cuerpos, algo parecido a una mordida. Sandra se soltó a llorar hasta que sintió un cosquilleo en la espalda. Se levantó la camisa y vio un montón de arañas comiendo su piel. Gritó y gritó.

Entonces despertó en su cuarto y, aunque estaba llorando, sintió alivio al saber que la pesadilla había terminado. Bajó corriendo para abrazar a sus padres, pero los encontró llorando junto a un policía que les enseñaba unos documentos. Sandra preguntó qué estaba pasando. Nadie le respondió. Veía a su madre llorar con desesperación. Cuando la abrazó, no dio respuesta alguna. Fue entonces que abrió los documentos de la policía y vio la foto del hombre del tren. Y también... una foto de ella, muerta en un sótano lleno de arañas. Sandra había sido violada y torturada.

Fátima Regalado

DONDE NACE LA LUZ

Muchos filósofos se lo han preguntado, y muy pocos han dado respuestas. Años de formación me han acompañado en este proceso; tiempo que no ha sido en vano, pues sigo tratando de formularlo.

Solo soy una adolescente que sabe muy bien de dónde viene. Solo soy una escritora en proceso, que trata de desahogarse en sus rimas y versos. Tomo un lápiz y trato de retratar lo que, para mí, es arte.

Me desconecto cuando tomo el color de una paleta, pincel en mano, ese gran amigo con el que hago grandes trazos.

Quiero ser alegre, aunque mi entorno, la mayoría de las veces, no coopere. No me gusta usar metáforas, pero quiero ser libre, como el agua que fluye.

Muchos me han ayudado en este proceso, aunque otros tantos se han quedado en el camino. Quiero tener en paz mi alma, callar las voces que me atrapan por las noches. Perderme en los libros que solo yo entiendo, y traducir a mi idioma todos los versos que leo.

Quisiera ser editora, porque las letras nunca me han dejado sola. Quisiera ser maestra, ser refugio y un lugar seguro. Voy a ser historiadora. Sé que el pasado debe quedarse atrás, pero para mí, siempre hay algo nuevo que analizar.

Amo el amarillo, ese color que lo llena todo de alegría. Quisiera ser un solcito... que ilumine tu vida.

DESPUÉS DEL ABISMO

El dolor es momentáneo, la gloria es eterna.
El sufrimiento cala, te hunde, te masacra.
El resultado es incierto,
pero habrá que apostararlo.
La calma, al final del camino.
La paz, después de perder el sentido.
Un respiro esperado,
tras haber llorado todo el trayecto.
Un abrazo al alma,
después de haber deseado que todo terminara.

LA FLOR Y LA HOGUERA

Ser quien eres y vivir tu verdad
es un acto revolucionario.
Romper el círculo es, sin duda,
lo mejor que puedes hacer por ti misma.
Cortar y podar esas ramitas
que durante años han crecido en nuestro árbol;
ser esas tijeras que necesitas en tu entorno.
Es difícil y duro, claro está,
todo lo que tendrás que atravesar.
Las posibilidades de sentir soledad
aumentan a gran velocidad.
Debes ser firme, resistir con fuerza,
defender tu ideal con todo lo que eres.
Generación tras generación,

la maleza prevalece,
persiste sin descanso,
contaminando a la siguiente.
Ser tú quien la detenga,
ser esa flor que crece en la hoguera.
Aunque para algunos seas solo espinas,
no ven el rosal que florece por encima.
Para unos, eres la maleza; para otros,
eres la más hermosa de las gardenias.

¿AHÍ ESTÁS?

¿Cómo estás? Escuché una voz a lo lejos.
¿Cómo estás? Te busco y no te encuentro.
¿Cómo estás? Se oye distante.
¿Cómo estás? Me persigue en el silencio.
¿Será mi mente? ¿Será un sueño?
¿Será acaso efecto de tantos desvelos?
¿Cómo estás? Perturba mis recuerdos.
Corro, lloro y grito, me ahogo en aquel pasillo.
Me levanto, me limpio y sigo.
Tengo que salir de este martirio.
Corro a la luz, pero siempre se aleja.
¿Cómo estás? Me persigue tu voz en cada vuelta.
Me comienzo a desmoronar,
tu ausencia me llena de oscuridad.
Cuando pienso que ya es hora de parar,
el despertador resuena sin cesar.
¿Cómo estás?
No me dejas ni en sueños descansar.

LO QUE DEJAMOS Y NO DIJIMOS

No es lo que dejamos atrás lo que rompe,
sino lo que podríamos haber construido
si nos hubiéramos quedado.
Después de esa partida,
tan sangrienta, tan violenta, tan repentina,
tu olvido no es pensable.
En mi corazón habitaste.
No entendí tu importancia
hasta que esa noche me dejaste sin habla.
Ver a mi papá desgarrarse,
a mi hermano desmoronarse,
a mi abuelito quebrantarse.
Nunca te había llorado.
No lo había pensado.
Aunque por tu trabajo siempre hubo una alerta,
no sabía que tu partida estaba tan cerca,
doblando apenas la esquina.
Muchos te lloramos.
Hasta el panteón te acompañamos.
Con la música te dejamos,
la bandera de tu barrio,
te acompañó hasta el otro lado.

DE MIS SOLEDADES

De mis soledades vengo,
a mis soledades voy.
Estar acompañado y sentirte desolado.

Decisiones, miles, que atrás has dejado.
Aprender a ser fuerte sin ningún abrazo.
Dejar atrás a los que nunca te acompañaron.
Abrazar el alma de quienes nunca te dejaron.
Saber decidir quién será tu amparo,
porque muchos, en el proceso,
también te han dejado.
Abrazar la soledad...
pero, en el fondo,
querer sentirte acompañado.

UNA CARICIA QUE DA VIDA

La caricia al corazón
es tener en paz la razón.
Saber que mi mundo gira
gracias a que eres mi compañero de vida.
Sé que suena dependiente,
pero eres mi apoyo,
mas no el motor de mi entorno.
Mi caricia al alma
es saber que me amas.
Tu caricia a mi vida
es conocer todas mis fantasías,
saber que me gusta
que me besen las mejillas.
Mi caricia a tu vida
es querer ser tu compañera:
ser novios, amantes,
conocer el mundo,
pero primero el nuestro.

Poner una piedrita,
edificar juntos un camino.
Tu caricia a mi vida
es que, juntos,
estamos escribiendo
nuestro libro de la vida.

UN AMOR QUE NO EMIGRE

Un amor, no como el de las novelas.
Tener un amor que se sienta como que vuelas,
tan real como las mañanas, de fantasía como las hadas.
Que duela como una apuñalada,
Que dé paz como un atardecer en la playa.
Que quiera tener futuro,
un amor a la antigua, que dure para toda la vida.
Un amor que dé frutos,
no solo mariposas,
que esas emigran una vez que el frío se avecina.
Encontrar a ese ser amado, y si o encuentro,
nunca más soltarlo.

¿CERRAMOS EL TRATO?

Hagamos un trato, sé mi amado del alma
todos los días que me faltan.
Ámame sin medida, que yo seré tu compañera de vida.
Hagamos un trato, los dos juntos bailando,
siendo uno solo sin importarnos el entorno.

Hagamos un trato, los dos juntos
despertando todas las mañanas de la mano.
Hagamos un trato, seamos solo tú y yo
viviendo en nuestro mundo
Comernos el tiempo escribiendo nuestro cuento.
Hagamos un trato, pasemos las noches sin reproches,
dormir siempre juntos
aunque el enojo y orgullo nos carcoma
Hagamos un trato, lleguemos al altar
tras tantas batallas luchar,
estar en las filas con tal de por tu amor siempre luchar.

ESTABAS A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Nos unimos en esta vida,
nos encontramos justo
cuando nuestro mundo ya no existía.
Nos curamos y enamoramos.
Nos besamos y conectamos.
Nos convertimos en aliados,
compañeros, un equipo formamos.
El amor nos volvió uno solo.
Nuestros cuerpos se tocaron,
nuestras almas se elevaron,
nuestros corazones se agitaron.
Nos miramos a los ojos,
y después de todo lo que había pasado,
reímos por la travesura que habíamos realizado.
Pensé que estabas más lejos,
pero llegaste justo en el momento correcto.

MI ALEGRÍA

Mi angustia
Mi anhelo en mis noches todas
Mi suspiro a todas horas
Sonrisas robadas, respiraciones
agitadas.
Unión de cuerpos conexión del alma
Descanso de mi vida ajetreada
Encuentro de almas, miradas que
trasladan.
Unión de corazón y de alma
Poco a poco tener esa confianza
Conversaciones apenadas,
Sonrisas traviesas mejillas rosadas.
Mis manos jugando con tu cabello,
te acercas poco a poco a mi cuerpo.
Mi deseo
Mi angustia
Mi añoranza
Tus manos en mis mejillas, te robas el alma mía.
Por ti rompo mis candados, presente en mis pensamientos
inapropiados.
Mordiditas traviesas que se roban la calma mía.
Querer querernos se convirtió en mi fantasía.
Nos unimos en esa confianza, ahora solo queda
Entregarnos cuerpo y alma.

Miranda Zarahí Yllades Aguiñaga

UNA MEZCLA DE SANGRE Y AGUA

Las gotas caían, mezclando sangre y agua que manchaban mi ropa. No sentía nada, solo mis pensamientos tortuosos. A unos metros de mí, un corazón rojo, ensangrentado, latía muy levemente; casi era imperceptible. Miré hacia abajo y encontré un hueco en mi pecho. No había dolor, solo su sombra. Una sombra que me perturbaba, que me hacía querer gritar hasta quedarme sin voz, solo para alejarla de mí.

Es increíble cómo entregas a una persona tu confianza, tu amor, tu alma... tu todo. Y esa persona no lo valora. Se va sin importarle tú, tus sentimientos, tu existencia. Y cuando se va, ¿qué se supone que debes hacer con tu corazón? ¿Cómo sigues adelante si se llevó todo?

Quieres regresar a casa, pero en cuanto entras, te golpean los recuerdos: las risas, las bromas, las pláticas, las peleas... y todo se desmorona a tu alrededor. Lo primero que quieres hacer es correr sin parar. No importa el camino, solo quieres dejar de pensar. Pero te das cuenta de que no puedes, de que debes seguir, de que se dijo lo que se debía decir. Y aunque sientes que caes, algo —o alguien— te detendrá.

Entonces lo buscas. Le gritas que todo es su culpa y te echas a llorar. Pero solo puede darte palabras vacías, traicioneras. Los demonios aparecen: en tu mente lanzas cosas, golpeas, ves escenas sangrientas. Pero jamás podrías

lastimarlo. Le suplicas que no se vaya, que no te abandone, que se quede a tu lado, que aún lo necesitas. Recuerdas los momentos en los que estuviste para él, y todos aquellos en los que él jamás estuvo para ti.

Al final, lo miras a los ojos y entiendes que nunca le importaste lo suficiente como para esforzarse, como para mejorar. Es entonces cuando habla. Sus palabras te confunden, te rompen. Y con ellas, arranca tu corazón, lo tira al suelo y sigue su camino. Pero tú te quedas hecha pedazos.

Y sin embargo, siempre hay alguien que te levanta. Que, con sus suaves brazos, te recoge y pone todo en su lugar. Te mira a los ojos, y en esa mirada descubres que todo estará bien. Te canta hasta dormir... y, por fin, logras olvidar.

HMA

DERRUMBE

Derrumbaría todo por él, solo para poder escuchar su voz unos momentos, para poder abrazarlo y sentirme, por un minuto, acompañada junto a él. Aventarme por él, arriesgar cada parte de mí, solo para volver a sentirlo, para escuchar su risa por última vez.

Me siento tan diferente con él, como con nadie más. Tal vez estoy equivocada, aferrándome a algo que no es para mí. Tan perfecto e incorrecto, que me hace dudar si derrumbar todo por él valdría la pena.

Pero, tan solo por un segundo, quiero volver a estar contigo como la última vez, como si aún siguiéramos siendo solo tú y yo.

PALABRAS AL VIENTO

Tan solo unas pocas palabras pueden decir mucho, pero tus palabras me hacían sentir tan viva, tan amada, tan llena de felicidad... como si estuviera en una novela romántica. Tus lindos abrazos me hacían sentir tan querida, todos esos mensajes, esas notas tan románticas... Como tan solo una palabra tuya, un

“Te amo”, podía llenarme de felicidad.

Sacabas de mí una parte que nadie más conoce, que solo tú descubriste, que solo tú entendiste. Ahora me pregunto: ¿todas esas palabras que dijiste eran ciertas?

Cómo extraño tenerte y sentirme tan segura contigo...
Cómo duele saber que todo lo que pasamos significó tan poco para ti. Ahora solo quedo yo y mis cartas al viento.

Te amo por enseñarme esa parte de mí que nadie más conocía, por hacerme ver que puedo hacer muchas cosas con mis palabras. Pero esta es la última vez que te escribo.

Te vas con todas tus palabras vacías y con esa parte de mí que me hace recordarte siempre. Espero que desaparezcas... así como lo hace el viento.

Gisele Zavala

MI HOMBRE IDEAL

Es difícil borrarte de mi mente,
tu recuerdo me persigue,
debo dejar de pensarte,
pero sigues en cada latido.

Quisiera borrar los besos,
los abrazos, las caricias, los elogios, lo que fuimos,
para no sufrir por un descuido,
por un amor que no fue mío, o tal vez sí lo fue,
eso nunca lo sabré.

Estábamos destinados a encontrarnos,
pero nunca para quedarnos,
no bastó con amarnos,
ni con entregarte tanto.

Íbamos tan rápido,
que no pude ver el juego,
donde yo fui solo un trofeo,
y tú, el dueño del momento.

Pero la verdad es que amarte
siempre ha sido mi cura,
tú, el único que mi alma
y mi cuerpo desnuda.

¿ACASO ME GUSTABA EL DOLOR?

¿Acaso me fascinaba que me dominaras,
que me dijeras qué hacer,
cómo vestirme,
a quién mirar,
a quién hablar?

Amaba ser tu sumisa,
amaba esos golpes
que juraban quererme,
esos besos
que terminaban con sangre.

Me fascinaba la idea
de saber que estabas aquí,
que me protegías,
aunque doliera,
aunque ardiera el alma,
aunque llorara en silencio.

Me fascinaban esos golpes
porque eran tu forma
de decir te quiero,
de gritarlo a tu manera enferma,
violenta,
mía.

Extraño tus infidelidades,
ese veneno que sabía a ti.
Extraño tu apego podrido,

tu control disfrazado de amor,
tus órdenes.
Extraño que me dominaras
y yo temiera tu voz.
Temía mirarte a los ojos...
pero más temía no verte nunca más.

Y aún así,
extraño esa locura,
ese éxtasis perverso
que solo tú sabías provocar.

Extraño ese querer
que solo tú sabías demostrar,
crudo, hiriente,
tóxico...
pero mío.

Extraño haber sido solo tuya,
propiedad de tu sombra,
de tu furia,
de tu amor enfermo.

Extraño tu forma de amar,
porque en tu infierno,
yo me sentía en casa.

Esli Gabriela Arredondo Barrón

NIÑA A LA VISTA

Quién iba a pensar... con tan solo cuatro años y sin poder caminar más. De pequeña era una niña muy inquieta, iba de allá para acá, corriendo, brincando. Y ni hablar de lo ruidosa y parlanchina que solía ser. A lo largo de mi niñez sucedieron muchas cosas, las veces que estuve en el hospital, aquellas fugas que hacía de casa, esos berrinches en plena calle. Claro, también recuerdo haberme perdido muchas veces y ni como olvidar las caras de mi padre, madre y hermanos cuando me encontraban, sonara como si nunca me cuidaran, pero no es así, siempre me dieron la atención suficiente.

En fin por otro lado también estaba la educación, recuerdo no ser una niña “grosera”, mi mamá nos cuenta a mí y a mis hermanos que cuando éramos pequeños solíamos ser muy “educados”, “atentos” y “laboriosos”, pues en la casa solíamos colaborar mucho; mi madre quería que fuéramos independientes desde pequeños.

Cómo olvidar aquel momento tan inesperado, quizá las consecuencias de querer crecer, imitar a los adultos, sentirme grande. Una pequeña acción, pero con grandes consecuencias. Unos simples y tan cortos pasos que me llevaron, sin querer, a las escaleras. Un pequeño descuido y el mundo se me vino abajo. No recuerdo el golpe exacto, solo fragmentos confusos: luces brillantes, voces lejanas y un silencio que parecía no tener fin.

De estar frente a las escaleras, a estar en un cuarto blanco, frío y silencioso, donde predominaba el olor a desinfectante. Abrí los ojos pero no podía identificar nada, no sabía cuánto tiempo había pasado, Recuerdo sentirme desorientada, sentir una sed intensa, gritar y gritar por agua. No olvido esa sensación de flotar, como si mi cabeza y cuerpo entero estuvieran en otro lugar. Y ni olvidar esas botas de vendaje, tan rígidas y pesadas, aquellas botas que ahora recuerdo con nostalgia, pero en ese momento era aquello que me señalaba que algo malo me había sucedido.

Cada mirada de mi familia sólo decía una cosa... preocupación, asombro... miedo.

Días donde recuerdo a mi madre recostada al lado mío, hablándome, desbordando lágrimas calladas, pero yo no contestaba, solo disociaba, y volvía a dormir.

 Mi padre, con una firmeza temblorosa.

Mis hermanos, siempre a mi lado, como pequeños guardianes que se preocupaban por mí.

Con el tiempo las botas de vendaje dejaron de ser parte de mí.

Al día de hoy, no tengo consecuencias por ese suceso. Solo pasé unos días en el hospital, claro, sin poder caminar por un rato, y el asunto se resolvió. Ahora, al recordar, sonrío y pienso que fue solo una de esas anécdotas de la niñez que me enseñaron a tener más cuidado. La niña que se cayó de las escaleras sigue siendo la misma, curiosa y enérgica, pero con un toque extra de precaución.

ENTONCES SUPE

Entonces supe que estaba a punto de cometer una locura. El corazón me latía con fuerza, las luces de la ciudad parpadeaban bajo mis pies y el viento helado me golpeaba el rostro. Una parte de mí decía que era una mala idea, pero la otra... la otra ardía de emoción.

¿Por qué lo quiero hacer? Estoy bien, estoy cuerda, o al menos eso quiero creer. ¿Qué sigue después de esto? Estoy loca por tan solo pensarlo, se que es solo un impulso pero necesito hacerlo, necesito saber, quiero hacerlo.

Miles lo hacen, ¿Por qué yo no? No lo tengo todo, pero tampoco quiero mucho. ¿Quiero continuar con lo que soy o seré?

Insisto, es un impulso, sí, eso es, como querer encajarte un cuchillo en las manos o cuello. Un impulso, es momentáneo, pero, este es muy fuerte, solo quiero seguir, saltar, volar.

Quiero sentir, quiero continuar, terminar con esto, sentir algo nuevo.

Di un paso atrás, respiré hondo y, sin pensarlo más, corrí y salté. Por un segundo, el tiempo se detuvo. Y sentí cómo la adrenalina me recorría el cuerpo.

Caía. Volaba. Vivía.

Le daba fin a todo.

Jhana Palafox

ESTA VEZ

No sé si escribir esto sea una forma de soltarte, pero lo que sí sé, es que después de ti, conocer a alguien más me da miedo. Me costó mucho sanar y volver a confiar en mí misma. Me hiciste dudar de todo, incluso de lo que merezco.

Y ahora que alguien más ha llegado a mi vida, siento una mezcla extraña de ilusión y temor. Quiero dejarme llevar, pero el miedo no me suelta. Me asusta volver a creer, que me hagan las mismas promesas y al final todo termine en lo mismo: con mi corazón roto y mis ganas de amar hechas pedazos. No quiero repetir la misma historia, no quiero volver a sentirme tan vacía.

Pero también sé que no puedo vivir atrapada en aquellos momentos que pasé contigo. No puedo dejar que el daño que me hiciste me asuste. Sé que no todas las personas son iguales y que, aunque el miedo siga en mí, merezco darme otra oportunidad.

No sé qué pasará esta vez. Tal vez sea diferente, tal vez no. Lo único que tengo claro es que quiero intentarlo, pero esta vez sin perderme a mí misma.

Ámbar Luna

PERDONAR Y AMARTE

Amarte de este a oeste
Extrañar lo que fuimos
Olvidar el hubiera
Recordar lo que queríamos ser
Sentir tu dulce alma
Despedir nuestros errores
Escapar de la distancia
Llevarme mi dolor
Perdonar tu ausencia
Repetir tu amor
Volver a despedir mi dignidad
Soñar con tu regreso
Suponer nuestro final

AMAR HASTA QUE ME ROMPAN

El amar y perdonar son cosas que he hecho desde que tengo memoria, y no hablo de que me guste que me traten mal, o que soy masoquista. Simplemente amo incondicionalmente, sin importar qué; sin ningún límite, solo entrego todo el amor que hay dentro de mí. Aunque me rompan sigo amando con esa intensidad, sin rencores. Y creo que siempre te voy a amar, aunque me rompiste en mil

pedazos, no creo poder amar a alguien más como te amé a ti, tan puramente, tan sincero, tan inocente, con todos mis sentidos, sin miedo, sin esperar a que me rompieras, con un amor tan grande, tan confiada, tan ciega, tan único. Te amo con toda mi alma y para toda mi existencia. Pero... ¿por qué me rompiste habiendo reparado tantas cosas?

MI NOSTALGIA FAVORITA

Mi nostalgia eres tú. Sigues en mi mente día y noche, a todas horas, sin salir un solo segundo de ella. Eres mi nostalgia porque todo me recuerda a ti: ir a comer mi comida favorita, salir a caminar, ir al gimnasio, tomarle fotos a lo que nos gustaba, cuando gana el Real Madrid, ver atardeceres, reír hasta querer hacer pipí, llorar, oler tu perfume, ver perritos, Spiderman, o cosas que solo tú y yo entendíamos.

Me recuerdas cuando íbamos a caminar al centro mientras tomábamos agua de sandía, cuando veíamos a Snoopy, los domingos, nuestros días de películas, el extrañarte... incluso el tratar de olvidarte. Prácticamente todo lo que hago me lleva a ti. Es lógico, me la vivía contigo.

Creo que la persona que soy ahora tiene mucho que ver con lo que tú y yo compartimos. Me encanta recordarte así, con las cosas buenas, con todo el amor y cariño que siempre me diste. Me gusta saber que eres, y siempre serás, mi nostalgia favorita.

LA PESADILLA DE SER HERMANA MAYOR

Era una mañana tranquila. Me encontraba haciendo mi tarea en el escritorio de mi cuarto, cuando algo interrumpió repentinamente mi calma: era Tenoch, mi hermano, pidiéndome que, por favor, lo ayudara a conectar su Nintendo en la televisión de la sala.

Sabía perfectamente que, si decía que no, me fastidiaría hasta que aceptara, así que accedí de inmediato. Bajé con él a la sala y lo ayudé. Mientras seguía ahí, Paul, mi otro hermano, me pidió de favor que le sirviera jugo del refrigerador. Como ya estaba abajo, no me molestó y también accedí.

Volví a subir a mi cuarto para terminar mi tarea, ya que más tarde saldría con unos amigos. De pronto, mi mamá me pidió de favor que cuidara a mis hermanos hasta que regresara, ya que tenía que resolver unos asuntos en el banco.

Nuevamente accedí, esta vez con algo de enojo, ya que tenía mi tarde planeada. Pero no permitiría que mis hermanos se quedaran solos en casa, así que cancelé mis planes para cuidarlos.

Básicamente, así se resume mi vida: ser la heroína de esas dos personitas por las que daría mi vida... aunque, a veces, también es una auténtica pesadilla.

Stefania Buenrostro Zavala

BOTAS COLOR ROSA

Las gotas de lluvia resbalaban lentamente por la ventana, mientras unos ojos verdosos y curiosos observaban atentamente cada gota, preguntándose por qué la gente es así. Con tan solo cinco años, Grecia era una niña que razonaba bastante bien para su edad.

—¡Grecia, tenemos que irnos ya! —le gritaba su madre desde la sala.

—¿Por qué tengo que ir? —preguntaba, como de costumbre, la pequeña, pues no comprendía por qué debía ir a un lugar donde no la trataban bien.

—Llevas preguntando lo mismo toda la semana, cielo. Tienes que ir, es tu obligación.

—No me gusta ir a la escuela.

—No tienes de otra, cielo.

Salieron de casa bajo una sombrilla. Grecia llevaba sus botas rosadas para la lluvia y vestía con su estilo peculiar. Tras varios minutos caminando, llegaron al kínder.

—Quiero irme a casa —decía la pequeña, como cada mañana.

—No tengo tiempo para tus caprichos, Grecia. Corre, que te está esperando tu maestra.

La pequeña se adentró en la escuela, pero se quedó un momento en la puerta, viendo cómo su madre se alejaba sin preocuparse por cómo la pasaría. Antes de irse a su salón, Grecia solía recorrer la escuela, despejando su

mente y disfrutando de la soledad. Al entrar, lo hacía en silencio, a pesar de ser una niña alegre en casa. Se sentaba y acomodaba sus cosas mientras el salón era un caos a su alrededor.

El día transcurría como siempre. Grecia no solía tener amigos y permanecía callada, hasta que llegaba el receso. Desde lejos, observaba a sus compañeras jugar a la casita y se les acercaba.

—¿Puedo jugar con ustedes? —volvía a preguntar, por tercera vez en la semana, esperando una respuesta diferente.

—Mmm... —pensaba la líder del grupo—. No creo, Grecia, ya somos todas. Pero puede que mañana sí.

La misma respuesta una y otra vez. Tal vez era cierto que ya estaban completas, pero Grecia sentía que no la querían incluir. No era la primera vez que le decían cosas como “tu pelo es muy corto, pareces niño” o “seguro usas pupilentes”. A pesar de esos comentarios, la pequeña tenía energía para jugar, aunque fuera sola. Disfrutaba igual.

Durante sus tres años de kínder, le costó hacer amigos. Era tímida con la gente nueva, y nadie se tomaba el tiempo de acercarse a ella. Todos los días eran iguales: la rechazaban y terminaba sentada con su maestra, conversando mientras comía su lonche. Cuando la maestra no podía atenderla, Grecia paseaba por la escuela sola. Le gustaban los pasillos ocultos, casi siempre vacíos. Pasaba las manos por las rejas mientras imaginaba.

Salir del kínder era lo mejor de su día. Al llegar a casa, se cambiaba de ropa, se ponía su traje favorito y salía a las canchas de basquetbol a jugar. A veces encontraba con quién, pero casi siempre estaba sola. Paseaba por los alrededores, hablaba consigo misma, experimentaba.

No le parecía triste no tener amigos: sus cumpleaños estaban llenos de gente, aunque no fueran realmente sus amigos.

Con los años se acostumbró al rechazo. Lo raro era que solo lo vivía en el kínder, con sus compañeras. Pensaba que, en especial las niñas, juzgaban mucho el físico y la forma de vestir. Pero a ella no le importaban las apariencias. No usaba vestidos ampones como la mayoría. Tal vez no era lo suficientemente “femenina”, pero ¿quién se fija en eso a los cinco años?

Grecia era amable, respetuosa y alegre. Tal vez no la querían por envidia, pensaba, cuando los adultos la halagaban por sus ojos brillantes, ese brillo especial que solo los niños tienen. Se hacía muchas preguntas, pero ninguna tenía respuesta. Solo deseaba pasar a la primaria, empezar de nuevo y encontrar amigas que no se fijaran en lo superficial. Ella vivía sin tabúes, sin miedo al qué dirán.

A pesar de su timidez, sabía conseguir lo que quería. No abusaba de ello: también tenía el corazón más puro que uno podía imaginar. Su sonrisa era encantadora, y sus ojos atrapaban al instante. Desde pequeña era elogiada por su apariencia, aunque no entendía por qué. Sabía que llamaba la atención, pero no comprendía por qué debía haber estándares. Siempre recibía atención de los demás, pero no tanto de sus familiares.

Era solitaria en muchos aspectos. Le gustaba aprender y tenía avances rápidos: caminó sola a los 11 meses, dejó el biberón pronto, aprendió a ir al baño sola. Estaba acostumbrada a hacer todo por sí misma. Sus padres no solían preguntarle cómo fue su día, pues pensaban que “los niños no hacen nada interesante”. A Grecia no le molestaba: sabía que su madre siempre estaba ocupada.

Su mayor dificultad era su timidez. Tenía todo para tener amigos, pero el rechazo la mantenía en las sombras. Aprendió a observar a las personas y sus comportamientos. Era observadora, pero nunca decía nada. Se guardaba todo, aunque nunca fue en su beneficio.

Así transcurrió su último año de preescolar.

La lluvia caía con frecuencia y Grecia se encontraba pensando en el ayer, hasta que una voz interrumpió sus pensamientos.

—¡Grecia, es hora de irnos!

—¡Ya voy, mamá! —respondió saliendo de su habitación con sus botas rosas para la lluvia.

Grecia había cumplido seis años. Ya estaba en la primaria. Tenía un buen círculo social y no tenía problemas para hacer nuevos amigos. Por primera vez no escuchaba un “tal vez mañana”. Desde que entró a primaria, ya no preguntaba “¿por qué tengo que ir?”. Seguía preguntándose por los tabúes, pero ya no le preocupaban tanto... aunque, en realidad, nunca lo hicieron.

MONTAÑA RUSA

Las personas suelen querer sentir más allá de lo normal; necesitamos emoción en nuestra vida. A veces estamos tan perdidos, que sentimos desesperación por sentir algo que alguna vez fue familiar: la nostalgia de querer volver a vivir lo mismo, pero la imposibilidad por el grato hecho de que las cosas no son las mismas, y las personas no pueden sustituir a otras que en el pasado ya te han hecho sentir hasta lo inexplicable. El sentimiento no se reemplaza. Tenemos tanta urgencia de esa emoción, nada se compara

a subirse por primera vez a una montaña rusa. Pero entre más te subas a la montaña, el efecto va disminuyendo, así como la emoción y todo lo que hacemos para volver a sentir, se desgasta, al punto de no saber qué hacer para volver a ese momento tan único que nos ocasionan las personas o situaciones, incluso cosas materiales.

Al paso de los años todo cambia y todo se vuelve un poco más difícil de conseguir, nos damos cuenta de cosas que no queríamos y la emoción disminuye con cada verdad. Cada bajada de la montaña es adrenalina pura, pero al llegar al final, el sentimiento vuelve a ser neutro. Escalar aquel plano inclinado y la incertidumbre de lo que vendrá, son como abrir un regalo en el día de tu cumpleaños; pero hasta los cumpleaños se repiten y se te acaba la expectativa de vivirlos.

Estos días no se parecen nada a la emoción que sentí cuando cumplí cinco años, estaba más que feliz. Ahora se ha vuelto muy aburrido, no sé si son las personas que faltan o es el hecho de crecer, pero siempre hay algo que no me deja vivir la misma plenitud. Creo que siempre hay una espina en el camino que molestará y no nos dejará vivir como antes. La emoción es como una montaña rusa y siempre tiene su fin.

Matías López

SIN TIEMPO PARA UN TINTO

El sabor no me convence
Aunque su olor me tranquiliza
Los recuerdos no me pertenecen
Por lo que quiero vivir sin prisa

Pero no puedo controlar el tiempo
Ni aunque me gustara volver a ese momento
Solo me puedo quedar esperando con un tinto
Pensando en lo que hubiera pasado
Si yo hubiera sido distinto.

PVM

EL NUEVO INTEGRANTE

Era un domingo aparentemente normal. Desde hace tiempo, mi madre y yo habíamos hecho planes a futuro que beneficiarían a mi hermana, a mi mamá y a mí. A mi madre le había tomado más de un año conseguir esa oportunidad, pero al fin lo había logrado. Después de tantos intentos, por fin lo había conseguido. Ella ya me había contado todo y cómo se llevaría a cabo. Solo faltaba decidir cómo darle la noticia a mi padre.

Desde que tengo memoria, mi papá ha sido un hombre reservado, poco cariñoso, con un carácter fuerte y difícil de complacer. Por eso, mi madre no le había contado nada sobre la gran oportunidad de trabajo que se avecinaba.

Planeamos todo y solo restaba que llegara el día de la entrevista: el día en que todo cambiaría. Desde hacía tiempo pasábamos por una mala racha, y esta noticia nos devolvía la esperanza. La cita era el lunes 20 de octubre, así que mi madre debía viajar el domingo 19 a la 1:00 p. m.

Llegó por fin el ansiado día, pero mi mamá aún no le decía nada a mi papá. Ya eran las 9:00 a. m., y seguía sin encontrar el valor para hacerlo. Yo la apresuraba para que nada retrasara su vuelo, pero ella no sabía cómo abordar la conversación. Tenía miedo de que mi padre no tomara bien la noticia y no le permitiera viajar. Yo también estaba ansiosa, nerviosa y asustada.

A las 11:00 a. m., terminamos de desayunar y, por fin, mi mamá le dijo la “gran” noticia a mi papá. Claramente no le agradó, y mucho menos porque solo faltaban un par de horas para el vuelo. Se opuso tajantemente y le dijo a mi madre que de ninguna manera iba a permitirle irse. Ella intentó convencerlo, pero no funcionó. Fue entonces cuando me metí en la conversación y le dije que era una oportunidad para toda la familia, que nos beneficiaría a todos.

Él se negó. Le pregunté por qué. Y las siguientes seis palabras me dolieron hasta el alma:

—Porque tu madre está embarazada —respondió.

Jamás olvidaré esas seis palabras. En ese momento, todo se nubló. Sentí cómo nuestros planes se desmoronaban. Le pregunté a mi madre si era cierto, y me dijo que sí. Me invadió una mezcla de tristeza, enojo y decepción. Me sentí traicionada. ¿Cómo había podido ocultármelo durante tanto tiempo? ¿Cómo permitió que mi hermana y yo siguiéramos haciendo planes sabiendo la verdad?

Me levanté de la mesa y me encerré en mi habitación a llorar. Nunca había sentido tanta tristeza ni decepción, y menos por parte de mi madre. Me dolía profundamente que me hubiera ocultado algo tan importante.

Después de dos horas bajé y le dije todo lo que sentía. Ella se quedó en silencio. No dijo nada. Al día siguiente fui a la prepa triste y decepcionada.

Dos días después hablamos. Me dijo que no me había dicho nada porque no sabía cómo hacerlo. Conversamos largo y tendido. Todo pareció “estar bien”, pero yo no me sentía así. Algo dentro de mí había cambiado. Estaba herida. El primer mes estuve en total negación con respecto a mi hermano. Ni siquiera podía ver a mi madre con su

pancita. Me resultaba muy difícil aceptar la idea de tener un nuevo hermano. No podía entenderlo. El rechazo me cegaba, sin pensar que él no tenía ninguna culpa. Que él solo era una bendición.

Pasaron dos meses y logré entenderlo. Lo acepté. Tres meses después ya estaba muy encariñada con él y esperaba con ansias su nacimiento. Antes no podía ni ver su silueta en el vientre de mi madre, y ahora no me imagino una vida sin él.

Él es la única persona por la que daría mi vida sin pensarlo. Por la que daría todo de mí con tal de verlo feliz. Siempre fui egoísta, siempre pensé solo en mí, pero desde que él llegó a mi vida, todo cambió. Su existencia se convirtió en mi fuente de felicidad. Se ha vuelto una de las cinco personas que, con toda sinceridad, puedo decir que amo.

Sé que el amor verdadero existe porque amo a mi hermano como a nadie más en el mundo. Aunque no se lo diga todos los días, él lo sabe. Su nacimiento me ha dado una alegría total. Un ser de apenas 10 meses me ha hecho experimentar una felicidad que no conocí en mis 16 años de vida.

Neftalí Palacios

DESPUÉS DE TI

Elizabeth se despertó en la penumbra de su habitación, con el suave murmullo del viento colándose por la ventana abierta. El sol apenas comenzaba a asomarse, pero su luz no lograba penetrar la niebla que cubría su mente. La cama, antes compartida, se sentía inmensa y vacía. La ausencia de Félix era un peso tangible que se asentaba sobre su pecho, dificultando cada respiración.

La noche anterior había sido especialmente dura. Recuerdos de risas y caricias inundaban su mente, pero se desvanecían rápidamente, dejando solo el eco del silencio. Elizabeth giró en la cama, buscando consuelo en las sábanas que aún olían a él, pero el aroma solo intensificaba el dolor de su partida.

Se levantó con lentitud, sus pies descalzos tocaron el frío suelo. Caminó hacia la cocina, donde las tazas de café seguían dispuestas como si esperaran ser utilizadas por dos. Se detuvo un momento, observando aquella escena familiar que ahora le parecía ajena. La rutina que habían construido juntos se había convertido en un recordatorio constante de lo que había perdido.

Mientras preparaba una taza de café, sus manos temblaban ligeramente. No era solo la falta de Félix lo que la afectaba; era la sensación abrumadora de soledad y desolación que se había apoderado de ella. Se sentó en la mesa, mirando por la ventana hacia el jardín que habían

cuidado juntos. Las flores comenzaban a florecer, un espectáculo vibrante en contraste con su interior marchito.

—¿Cómo pudo llegar a esto? —pensó mientras sorbía el café amargo.

Las discusiones habían comenzado como pequeñas chispas, incongruencias que parecían menores en ese entonces. Pero, con el tiempo, esas chispas se convirtieron en llamas incontrolables que devoraron todo a su paso.

Recuerdos de momentos felices se entrelazaban con los más dolorosos: las promesas hechas bajo las estrellas y las miradas de decepción cuando las palabras se tornaron hirientes. Elizabeth cerró los ojos y permitió que las lágrimas fluyeran libremente. No había vergüenza en llorar; era una liberación necesaria.

El timbre del teléfono rompió el silencio ensordecedor. Su corazón dio un vuelco al ver el nombre de Félix en la pantalla. Dudó un instante antes de contestar; su voz le pareció un viejo eco que traía consigo tanto amor como dolor.

—Elizabeth... —Su voz era suave, casi cautelosa—. ¿Cómo estás?

Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. ¿Cómo podía describir el caos emocional que llevaba dentro?

—Estoy... tratando —respondió finalmente, sintiendo cómo cada sílaba era un esfuerzo monumental.

La conversación continuó, llena de silencios incómodos y promesas no cumplidas. Al final colgaron sin resolver nada, dejando a Elizabeth más perdida que antes. Se sintió como si hubiera estado hablando con un extraño; la conexión se había desvanecido junto con su amor.

El resto del día pasó lentamente, cada hora arrastrándose como una sombra pesada. Elizabeth sabía que debía

seguir adelante, pero cada paso parecía una lucha titánica contra una corriente implacable.

Al caer la noche nuevamente sobre su hogar vacío, Elizabeth se sentó en el sofá y miró las fotos en la pared: sonrisas congeladas en el tiempo, momentos felices ahora convertidos en recuerdos dolorosos. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro profundo.

La separación era un duelo silencioso; una batalla interna entre lo que había sido y lo que nunca volvería a ser. Con cada latido de su corazón, Elizabeth comprendía que debía aprender a vivir con ese dolor... al menos hasta encontrar una forma de sanar.

Los días se convirtieron en semanas, y el dolor de la separación se transformó en una constante que Elizabeth no podía ignorar. Cada mañana, al despertarse, la realidad la golpeaba como un balde de agua fría. La cama vacía la recibía con un silencio ensordecedor, y el eco de las risas compartidas resonaba en su mente como un lamento.

Esa mañana, mientras se preparaba para salir a trabajar, su mirada se detuvo en el espejo. Los ojos, una vez brillantes y llenos de vida, ahora reflejaban un cansancio profundo. Las ojeras marcaban su rostro, y su piel parecía pálida, como si la tristeza hubiera drenado su vitalidad. Se forzó a sonreír, un gesto vacío que no logró engañarla a sí misma.

En la oficina, el ambiente era bullicioso. Sus compañeros hablaban y reían, pero Elizabeth se sentía fuera de lugar, como si estuviera detrás de un cristal que la separaba del mundo. Las conversaciones sobre planes de fin de semana y citas románticas le provocaban una punzada en el corazón. Se obligó a participar, pero las palabras salían de su boca sin emoción.

Cada vez que alguien mencionaba a Félix, sentía que el aire se escapaba de sus pulmones.

—¿Cómo está él? —preguntaban con curiosidad genuina.

Elizabeth respondía con evasivas, ocultando el torbellino que se desataba dentro de ella. No quería ser el centro de atención por su dolor; prefería mantenerlo encerrado en lo más profundo de su ser.

Al regresar a casa después de un día agotador, la soledad la envolvía como una manta pesada. Se sentó en el sofá y dejó caer la cabeza entre las manos. Las lágrimas comenzaron a fluir nuevamente; esta vez eran más intensas, más desgarradoras. El peso del abandono era abrumador.

Durante los días siguientes, la imagen de Félix con la otra mujer no abandonó su mente. Elizabeth se despertaba pensando en ello y se dormía con ese mismo dolor punzante en el pecho. Cada vez que veía a una pareja por la calle o escuchaba una canción romántica, le recordaba lo que había perdido.

Comenzó a cuestionarse todo: su apariencia, su personalidad, incluso sus decisiones. Se miraba al espejo y no podía evitar pensar que, tal vez, él había encontrado algo mejor. En su mente, la comparación era constante: “Ella es más bonita”, “Ella es más divertida”, “Ella es lo que siempre quiso”.

Decidió visitar a su amiga Clara para desahogarse. Necesitaba hablar sobre lo que había visto y cómo se sentía.

—No sé qué hacer —le confesó Elizabeth mientras tomaban café—. Lo vi con otra mujer y me siento tan insegura... ¿Acaso nunca fui suficiente para él?

Clara la miró con comprensión.

—Elizabeth, no te compares con nadie más. Tú eres

única y valiosa por quien eres. Él tomó una decisión, pero eso no disminuye tu valor.

Las palabras de Clara resonaron dentro de ella, pero aun así la duda persistía. A pesar de los intentos de su amiga por animarla, Elizabeth volvía constantemente al mismo lugar oscuro: el dolor de sentirse reemplazada.

Con cada día que pasaba, la inseguridad crecía como una sombra al acecho. Comenzó a evitar lugares donde sabía que podría encontrarse con Félix o recordarlo: cafés, parques, incluso restaurantes donde habían compartido momentos especiales.

La angustia se convirtió en una especie de compañera silenciosa, siempre presente pero difícil de reconocer abiertamente ante los demás. Elizabeth sabía que debía enfrentar sus sentimientos y aprender a sanar, pero cada vez que pensaba en dar ese paso, el miedo la paralizaba.

Una noche, mientras navegaba por las redes sociales para distraerse, vio una foto de Félix sonriendo junto a la otra mujer en un evento al aire libre. Él parecía feliz; esa imagen fue suficiente para desatar nuevamente el torrente de emociones reprimidas dentro de ella.

Elizabeth dejó caer el teléfono sobre la cama y cubrió su rostro con las manos. El llanto salió sin control esta vez; era un lamento cargado de tristeza e inseguridad. ¿Cómo podría seguir adelante cuando cada esquina del mundo parecía recordarle lo que había perdido?

En ese momento comprendió que debía enfrentar sus miedos y aceptar su dolor si alguna vez quería sanar completamente. Pero el camino hacia la recuperación parecía largo y lleno de obstáculos insuperables; cada día era una lucha constante entre dejar ir y aferrarse a los recuerdos felices del pasado.

Los años pasaron, y la vida continuó su curso implacable. Elizabeth, en su soledad, miraba por la ventana de su departamento, observando cómo el mundo seguía girando. Las estaciones cambiaban, pero para ella, el tiempo parecía haberse detenido. Las risas y las alegrías que una vez llenaron su vida se desvanecieron en un eco lejano.

Félix había seguido adelante. Se había casado y formado una familia. Las fotos de él con su esposa e hijos inundaban las redes sociales: viajes familiares, cumpleaños y momentos alegres que parecían capturar la esencia de una vida plena. Cada imagen era un recordatorio doloroso de lo que ella había perdido.

Elizabeth se sentía atrapada en un ciclo interminable de nostalgia y tristeza. Los recuerdos de su amor con Félix se mezclaban con la realidad de su soledad. Había intentado salir, hacer nuevos amigos y encontrar nuevos intereses, pero nada parecía llenar el vacío que él había dejado.

Mientras Félix disfrutaba de los pequeños momentos con su familia, Elizabeth se aferraba a los recuerdos del pasado. Sus amigos comenzaron a formar sus propias familias; las reuniones se volvieron más escasas y las conversaciones más superficiales. A menudo se sentía como una extraña entre ellos, atrapada en un mundo que ya no comprendía.

En sus noches solitarias, Elizabeth reflexionaba sobre las decisiones que había tomado. Se preguntaba si había hecho lo suficiente para seguir adelante o si había permitido que el dolor la definiera. La sensación de desesperanza crecía con cada año que pasaba; la inseguridad que una vez sintió se transformó en resignación.

Los espejos le devolvían una imagen que no reconocía; las líneas de expresión marcaban su rostro, y la luz

en sus ojos comenzaba a apagarse. A veces, se sorprendía deseando poder retroceder en el tiempo para cambiar su historia; otras veces, simplemente aceptaba que el destino había decidido llevarla por un camino diferente.

Esa noche, Félix se sumergió en un sueño profundo y agitado. En su mente, Elizabeth apareció rodeada de una luz tenue, como si fuera un espíritu que regresaba de otro mundo. Su mirada era triste, pero había una calma en ella que lo sorprendió.

—Félix —dijo Elizabeth con voz suave—, ya no puedo cuidarte más.

Mientras hablaba, sacó un collar delicado de su cuello y se lo entregó. Era un collar que él recordaba bien; un regalo que le había hecho en uno de sus momentos más felices juntos.

—Este collar siempre representará nuestro amor, pero ahora necesito que lo guardes como un símbolo de nuestro pasado.

Félix sintió una mezcla de confusión y tristeza.

—¿Por qué dices eso? Siempre estarás conmigo —respondió, tratando de aferrarse a la imagen de ella.

—Debo seguir adelante —dijo Elizabeth, su figura comenzando a desvanecerse—. La soledad me ha consumido y no quiero que eso te afecte. Debes vivir tu vida sin mí.

Despertó de golpe, el corazón latiendo con fuerza y la sensación del collar aún en sus manos. Miró a su alrededor, buscando respuestas en la oscuridad de su habitación. La angustia se apoderó de él al recordar las palabras de Elizabeth; algo en su interior le decía que había más significado en ese sueño.

Pasaron unas horas antes de que el sonido del teléfono interrumpiera el silencio de la mañana. Con el corazón

aún agitado por la pesadilla, contestó la llamada. La voz al otro lado era familiar, pero cargada de tristeza.

—Félix... tengo malas noticias sobre Elizabeth.

El mundo se detuvo por un instante mientras las palabras resonaban en su mente:

—Elizabeth se suicidó.

La noticia lo golpeó como un rayo; el aire se le escapó de los pulmones y todo su ser se llenó de incredulidad. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras intentaba procesar la realidad devastadora. La imagen del collar y las palabras del sueño retumbaban en su cabeza como un eco aterrador.

No podía creer que la mujer que había compartido una parte de su vida hubiese llegado a ese punto. La soledad había sido su enemiga silenciosa, y ahora Félix comprendía la profundidad del dolor que ella había llevado consigo. Se sintió impotente y culpable por no haber estado allí para ella, por no haber visto las señales que podrían haberlo alertado sobre su sufrimiento.

Esa mañana, mientras el sol salía lentamente por el horizonte, Félix se sintió atrapado entre dos mundos: el del amor perdido y el del futuro incierto. Sabía que debía honrar la memoria de Elizabeth y aprender de su partida.

Mientras caminaba hacia el parque donde solían pasar tiempo juntos, Félix sintió una mezcla de tristeza y determinación. Aunque Elizabeth ya no estaba físicamente con él, sabía que su legado viviría a través de los cambios que él pretendía hacer en el mundo.

La vida seguiría adelante, aunque marcada por la pérdida, también estaría llena de propósito. A partir de ese día, Félix llevaría consigo no solo el collar como símbolo del amor perdido, sino también la misión de brindar esperanza a quienes más lo necesitaban.

El recuerdo de Elizabeth sería su guía mientras buscaba iluminar las sombras que ella había enfrentado en silencio. En su memoria, prometió luchar contra la soledad y ayudar a otros a encontrar luz en medio de la oscuridad.

Zurisadai Rodríguez

Eso

La rutina con mis problemas,
la incertidumbre del mañana,
cuando no esté lista para el día que siempre soñé.

Mi frustración hará que mi ego
y mi vergüenza desaparezcan.

Mi alegría:
esas personas que, en solo cinco minutos,
me hacen sentir el verdadero significado de la felicidad.

Mi pavo:
esa forma de compartir,
de dar el último bocado que tengo,
aunque no lo haga con cualquiera.

Mi humildad, hacia ti:
ponerme en tus zapatos,
aunque me queden grandes,
aunque me aprieten...
ahí estaré.

Mis noches
de insomnio
y de sueños profundos.

Te dedico esos sueños raros y bonitos
que viven en mi loca cabeza.

Mi nostalgia:
recordar lo que un día hablamos juntos,
y lograr, por separado,
cada una de esas cosas.

Ver el lugar donde empezó todo...
y saber que ya no queda nada de nosotros.
Solo recuerdos,
que se sienten como si aún estuviéramos ahí.

Mil novecientos treinta,
el primer Mundial de fútbol.

Por cierto,
recuerdo que no te sentías suficiente para jugar.
Nunca te vi de cerca,
pero con lo que me contabas,
sentía que tú y yo
estábamos ahí.

UN ATARDECER Y UN MAR

Mis pies en tu gran cuerpo
dándome un abrazo con tu reflejo de colores
Mis ojos agradecidos de ver tus hermosos rojizos
No me sueltes y llévate todo eso que no me quiso
Mis pies son dignos de tu reflejo de verano
Mil veranos llenos de sal con tus abrazos de calor

Tan grande, sabio y profundo
Tan fuerte y valiente
Tan azulejo y rojizo.
Lleno de vida, que no te sabemos apreciar
Muéstrame lo que es valorar
Recíbeme con tus caricias en mis pies
Cubre este mundo con tu reflejo rosado y anaranjado

Mi cuerpo y el tuyo en una conexión sin daños
La arena me abraza sin pensarlo
Las olas en esa orilla dándome un saludo
Soy digna de ver lo hermoso que eres
Acompañame a la superficie y no me dejes en lo profundo.

ELLA Y YO

¿Qué probabilidad hay de nacer en el mismo año y el mismo mes? No lo sé. La verdad, me hace feliz que cumplamos años el mismo mes. ¿Ella? Sí, mi compañera que se volvió mi mejor amiga de una forma tan inocente. Éramos tan pequeñas que no sabíamos que, más adelante, acabaríamos resolviendo nuestros problemas sentadas en una banqueta, y al final siempre diríamos:

—Bueno, pues ya ni modo... lo bueno es que nos tenemos.

Qué cosas, ¿verdad? Pero ella ha estado conmigo en todo momento.

—Sí, suponía que hablabas de Sabina —me dijo con seguridad mi compañero, el que se sentaba a mi lado en el salón.

No sé por qué empecé a hablar con él de algo que justo estaba pensando. Siempre me escuchaba. Y sin conocer a Sabina, solo por escuchar cada anécdota que le contaba sobre ella, parecía que ya la conocía.

Luego llegó la etapa de la preparatoria... y escuelas diferentes. Si fuera por nosotras, estaríamos en la misma, pero al final nuestros padres decidieron lo que creyeron mejor: buscar preparatorias que a ellos les gustaran para nosotras.

Aun así, siempre la llevo conmigo en cada momento. A veces me pregunto qué habría sido de nosotras si estuviéramos juntas en la prepa. Creo que sería divertido... o tal vez las cosas pasan por algo.

Ella y yo tenemos esa conexión única de mejores amigas, y es tan bonito sentir que tienes a alguien como Sabina. Es todo en uno. A veces me pregunto cómo le hace.

Un día vino a visitarme a casa, contándome lo que pasaba en su escuela. Yo, entre risas, le dije:

—¿Te imaginas tú y yo juntas? Ay no... ¿qué sería del pobre salón?

Porque en la secundaria siempre sobresalíamos. Éramos un caso, algo no muy normal. Una amistad que se apoyaba mutuamente en todo. En esa etapa donde todo parecía tan fácil.

Una prefecta nos odiaba porque, casualmente, siempre acabábamos en los mismos problemas. Ya saben, una se echaba la culpa por la otra. Recuerdo que hablaron con mis papás para que me alejara de ella. Pero ellos ya nos conocían. Sabían que, desde pequeñas, siempre hacíamos lo mismo. Lo tomaban como un acto de lealtad entre nosotras.

Al final de cuentas, siempre fuimos, y seguimos siendo... ella y yo.

Michelle Fernanda Salazar

MI MADRE BAJO LA LUNA LLENA

Esa noche me acosté en la cama de mi madre. Las cortinas estaban abiertas y la luna, inmensa y pálida, colgaba en el cielo como un farol antiguo.

Ella tenía frío. La vi de pie, quieta, junto a la ventana, envuelta en la luz plateada.

Afuera.

Mi madre estaba afuera.

Y sin embargo, tan cerca.

El corazón me golpeó el pecho como si quisiera huir. Me temblaron las manos.

El vidrio se rompió. No sé cómo. No sé cuándo. Solo sé que fui yo.

Ella llevaba un mes de ausencia.

O tal vez... nunca se fue del todo.

Wences

MUNDO DE TECLAS

Era un día normal, como cualquier otro. Mientras acomodaba mi habitación, vi mi teclado, bastante usado. No le presté mucha atención, ya que estaba enfocado en limpiar. Al poco rato decidí tomar un descanso y jugar un momento. Encendí la computadora y, mientras jugaba, noté que algo no andaba bien: me sentía torpe y los controles no respondían con normalidad. Fue entonces cuando me di cuenta de que el teclado ya no funcionaba correctamente.

Después de pensarlo un poco, comprendí que ya había cumplido su tiempo de vida útil. Ese mismo día decidí pedir un teclado nuevo. Lo ordené en línea y, para mi sorpresa, al día siguiente ya lo tenía en mis manos. Con emoción abrí el paquete, revisé que todo estuviera en orden y que no faltara ningún componente.

Poco después lo instalé en mi computadora, verificando que no hubiera problemas con los controladores. Una vez listo, comencé a probarlo. La diferencia fue inmediata: me sentía mucho más cómodo al escribir y al jugar.

En ese momento reflexioné sobre la importancia de un objeto tan simple como un teclado en mi vida. Es una herramienta esencial que me acompaña en muchas actividades, y que será aún más valiosa cuando empiece a programar, ya que me permitirá escribir código y desarrollar ideas.

Pensé también en todas las personas que, como yo, usan un teclado todos los días. Un objeto que a simple vista puede parecer común, pero que en realidad tiene un gran valor práctico cuando se utiliza con un propósito claro.

TIC-TAC

El tiempo es ese instante en el que suceden las cosas, en una pequeña parte del mundo, generando recuerdos que se guardan en nuestra mente para, en algún momento, volver a revivirlos.

También puede entenderse de forma matemática: horas, minutos, segundos. Una herramienta útil que usamos cada día, una constante que acompaña nuestra vida y nos guía en cada momento.

En ocasiones, durante ese tiempo pueden ocurrir cosas graves, y lo cierto es que el tiempo no se detiene ni se puede regresar. Pase lo que pase, sigue avanzando. Cada segundo queda registrado en una línea mental, conservando con precisión el instante en que todo ocurrió.

Y aunque eso parezca injusto, también es lo que mantiene el equilibrio del mundo: un orden que evita que todo sea demasiado simple y que, al mismo tiempo, nos deja lecciones importantes a medida que lo vivimos.

Lo más valioso del tiempo es que nos permite experimentar cosas increíbles. Nos da la posibilidad de disfrutar actividades únicas, con un principio y un fin, ayudándonos a tener control sobre nuestras acciones y evitando que los excesos se conviertan en problemas.

Roberto Vivanco Silva

LEONES DE BERNARDO FERNÁNDEZ

Publicado en 2003 por Bernardo Fernández, *Leones* trata sobre una invasión —o más bien una infestación— de animales, específicamente de leones. Esto ocurre debido a la incapacidad de los zoológicos para seguir manteniéndolos. En un acto desesperado por deshacerse de ellos, los liberan en las calles de la ciudad, como si no fueran enormes gatos salvajes: con garras, colmillos y un hambre feroz, capaces de devorar a cualquiera.

El cuento está lleno de metáforas y juegos de rol. Los humanos, que se creían la especie dominante, ahora son los que se esconden, los que viven con miedo. Se invierte la lógica habitual: ya no somos los cazadores, sino la presa. El narrador sugiere que los humanos son la verdadera plaga de la ciudad, y no los leones. Lo interesante es que habla desde una primera persona del plural, como alguien que también está viviendo ese caos, lo que da al relato una dimensión más íntima y aterradora.

¿Te imaginas ser un ciudadano cualquiera, llevando tu vida normalmente, y un día despertar y ver leones descansando en tu jardín? ¿O verlos atemorizando a tus vecinos, amigos o familiares? Más allá de la literalidad, esta imagen puede leerse como una potente metáfora de lo que enfrentamos hoy.

Leones aborda temas importantes como la corrupción. A pesar de que todos en la ciudad saben que sus vi-

das están en riesgo por la negligencia de las autoridades —los mismos que se suponen deberían protegernos—, estos deciden adoptar una postura de indiferencia. Niegan la realidad, minimizan los hechos, desvían la atención mediática y desestiman las voces del pueblo. Ocultan la verdad a toda costa, sobre todo para aquellos fuera del país, aunque ya no se puede tapar el sol con un dedo.

Lamentablemente, esta historia refleja con precisión lo que vivimos en México. El gobierno, que debería defendernos, muchas veces parece trabajar en conjunto con el crimen organizado. No solo permiten su avance, sino que incluso nos entregan a ellos “en bandeja de plata”, como si fueran los leones del cuento. A veces ni siquiera los propios funcionarios pueden salvarse. Y aunque intentan ocultarlo, la sangre sigue corriendo: hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes, ancianos, trabajadores e incluso criminales, todos alcanzados por las garras de una violencia que ya no se puede ignorar.

Tal vez este cuento tenga mucho más que ofrecernos que solo una historia fantástica. Quizá sea una advertencia, una denuncia disfrazada de fábula urbana.

EL ENOJO MÁS FUERTE

Es sumamente vergonzoso, triste y decepcionante para mí tener que aceptar el hecho de que ni siquiera estoy seguro de cuál ha sido mi enojo más intenso. Y no por falta de experiencias, sino por la gran cantidad de veces que me he dejado llevar por el rencor, el ego, el orgullo y la venganza, terminando en un intento por demostrar que puedo gritar más fuerte y decir cosas más hirientes que la otra persona. Que puedo más... pero no en el aspecto emocional.

Tener que plasmar aquí mi carencia de inteligencia emocional al discutir resulta, en cierto modo, humillante para mí mismo. Lo he dicho antes y lo reafirmo ahora: soy alguien que se deja llevar por las sensaciones, por los sentimientos. Un simple soplo de coraje —por más mínimo, inmaduro o insensato que sea— puede, no siempre, pero sí con frecuencia, llevarme a participar o incluso iniciar discusiones sin otro propósito más que probar que tengo la razón. Que soy más fuerte. Y eso, honestamente, es asquerosamente estúpido de mi parte.

LAS HORAS

Escribo entre exámenes, cafés y gritos
de una madrugada que no acaba,
el tiempo se me escapa,
y no sé si es martes o domingo.

Los apuntes se mezclan con mis pensamientos,
y en cada hoja hay una batalla perdida,
pero sigo adelante, como corcho en el mar,
sin saber si soy yo el que navega,
o si el mar me arrastra.

¿Quién dijo que las matemáticas eran orden?
¿Quién dijo que el futuro se ve claro?
Estoy atrapado en la vorágine de teorías
y sueños rotos sobre un escritorio lleno de papeles.

¡Es todo un lío!

Las ideas explotan como fuegos artificiales
que no llegué a ver bien,
pero las sentí dentro de mi cabeza,
¡boom! ¡Zas!
Y ahora solo hay cenizas de lo que pudo ser.

Las horas se diluyen,
y no sé si sigo viviendo o estoy dormido,
pero aquí estoy, sobreviviendo el caos,
como todos los demás,
jugando al mismo juego
donde el tiempo no se detiene
y las respuestas nunca llegan a tiempo.

Ali Ramírez

VAYA FORMA DE ENTERARSE

Desde hacía semanas notaba que algo raro pasaba en casa. Mi madre estaba diferente. No solo porque a veces parecía cansada o comenzaba a tomar medicamentos que usualmente no tomaba, sino porque usaba ropa más holgada y, a veces, desaparecía por horas con su novio, ese tipo que nunca me cayó bien. Desde que apareció en nuestras vidas, todo había cambiado, y no para bien. Pero mamá estaba feliz con él, así que nunca dije nada.

Hasta que un día, navegando en TikTok, me topé con algo que me hizo sentir como si el suelo desapareciera bajo mis pies.

Era un video de su novio. Un ultrasonido con el nombre de mi mamá. Sentí cómo se me aceleraba el corazón. No podía ser. Volví a ver el video.

Mamá... embarazada.

Y yo enterándome por un TikTok de su novio.

Salí de mi cuarto con el teléfono aún en la mano. Mamá estaba en la sala, mirando su serie.

—¿Por qué no me dijiste? —solté sin rodeos.

Ella frunció el ceño.

—¿Decirte qué?

Le mostré la pantalla. El color se le fue del rostro.

—Así me entero, mamá. Por un TikTok de él. Ni siquiera de ti.

Ella suspiró y dejó el control remoto en la mesa.

—No quería que lo supieras así —dijo en voz baja—. Quería decírtelo cuando estuviera lista.

—¿Lista? ¿Lista para qué? ¿Para que él me lo restregara en la cara primero?

—No es así... —Su mirada se llenó de culpa—. Tenía miedo de cómo reaccionarías. Sabía que no te cae bien y... pensé que esto lo haría más difícil.

—¿Más difícil para quién? ¿Para él o para mí?

No contestó. No tenía que hacerlo.

Esa noche me encerré en mi cuarto sin cenar. No estaba enojada porque mi mamá estuviera embarazada, sino porque me había dejado fuera de algo tan grande. Porque, al parecer, él tenía más derecho a saberlo que yo.

No hablamos por un par de días. Hasta que, una noche, mamá entró en mi cuarto y se sentó en mi cama.

—No debí ocultártelo —dijo en voz baja—. Tú eres lo más importante para mí, y lo que menos quiero es que sientas que este bebé te va a reemplazar.

Me quedé en silencio.

—No quiero que lo sientas como una competencia —continuó—. Este bebé es tu hermano... o hermana. Y no importa nada más, solo que te quiero en esto.

Suspiré. No era fácil. Pero no quería alejarme de ella.

—Está bien —murmuré—. Pero prométeme algo.

—Lo que sea.

—Que si hay algo importante... me lo dirás tú. No él. Mamá sonrió y asintió.

—Lo prometo.

Y, aunque las cosas no cambiaron de un día para otro, al menos sentí que, por primera vez en mucho tiempo, mamá me volvía a ver a mí primero.

Ulises Chowell

MILAGRO INESPERADO

Desde antes de nacer, la vida me puso a prueba. No se suponía que estuviera aquí, pero desde el primer momento me aferré con todas mis fuerzas.

Cuando mi mamá supo que estaba embarazada, la sorpresa fue inmensa. No era algo que ella esperaba; ni siquiera parecía posible. Tenía un DIU, y los médicos decían que lo más probable era que el embarazo no llegara a término. Pero yo ya estaba ahí, latiendo, creciendo, decidido a quedarme.

Cada día fue una lucha. A mi mamá le dijeron muchas veces que podía perderme, que había riesgos, que tal vez no lo lograría. Pero ella, aunque tenía miedo, nunca dejó de luchar por mí. Yo sentía su amor y, de alguna manera, supe que tenía que resistir.

Pasaron los meses entre sustos, complicaciones y mucha incertidumbre. Pero, contra todo pronóstico, seguía aquí. No esperé hasta los nueve meses, porque después de tantas batallas, sentí que ya era hora. A los ocho meses decidí que era momento de conocer el mundo.

El parto no fue fácil. Mi mamá estaba agotada; había pasado por tanto, que apenas tenía fuerzas. Pero en el momento en que nací y dejé escapar mi primer llanto, supe que todo había valido la pena. Estaba aquí. Había ganado la batalla.

Desde entonces, sé que mi vida es un milagro. No fue fácil llegar, pero lo logré. Y si algo aprendí antes de siquiera abrir los ojos, es que nací para luchar.

Valeria Gálvez Ruiz

ENTONCES SUPE QUE ESTABA A PUNTO

De entender que no eras para mí, y solo me quedé con esa ilusión de estar contigo. Tal vez no eras la persona indicada, y solo fue un momento bonito entre los dos que duró bastante.

No quiero pensar que cometí un error al creer que llegaríamos a algo, sino pensar que fue una lección, algo que se me tenía que atravesar en el camino para asegurarme de no volver a confiar en ese tipo de personas. Y claro que me dolió, porque no solo era tu forma de ser... era tu voz, tus chistes, lo real que parecías conmigo. Y se siente horrible no estar a tu lado. Pero si me quedaba más tiempo, me harías daño —tal vez no físicamente, pero sí emocionalmente—. Dudé tanto tiempo sobre si en realidad me amabas.

Ahora lo entiendo: te di lo que querías y más. Te di cada pedazo de mí, y no quería recibir un amor que no podías dar. Solo quería que me amaras gratis... Siempre estuve para ti. ¿Y tú? Tú solo tomaste mi atención, y no sé cuántas personas más hicieron lo mismo contigo.

Ya no me identifico contigo, porque yo nunca me trataría así, como a una cualquiera. Nunca dije algo malo de ti, aun sabiendo tus acciones y todo lo que hiciste... Me jodió, tristemente. Nunca le hice caso a mi mamá o a mis amigos. Lo dejé todo por ti. ¡Porque te quería!

Tal vez tomé la decisión de ya no hablarte, entendiendo que no responderías si te ignoraba. Pero al final volví a caer cuando ya estaba bien sin ti, sin saber qué hacía. No sé. No sé por qué te llamé, pensando que ahora sí tomarías las cosas en serio. No te puedo decir aún “adiós”, hasta que nos alejemos de verdad... y tal vez no volvamos a vernos.

A pesar de las malas decisiones y los momentos maravillosos, te amaré, sabiendo que tú no sabes cómo hacerlo.

EL ADIÓS QUE NUNCA TE LLEGÓ

Sin ti y eternamente contigo.

Un sábado 22 de abril del 2023 me levanté como cualquier otro día. Decidí hacer mis tareas del hogar temprano para tener la tarde libre. Claro que tenía que despertarme antes que los demás para hacerlo con calma. Recogí y tiré todo lo que ya no ocupaba, dejando más espacio en mi habitación.

Pasaron las horas y mi familia despertó para ir a desayunar. Apoyé y fui a la tienda para tener todo listo, mientras mi hermana ponía la mesa. Recuerdo muy bien que eran chilaquiles, ya que es uno de mis desayunos favoritos. Al terminar, cada quien se retiró y lavó su plato.

Me quedé un buen rato acostada con mi hermana, viendo videos y platicando sobre los chicos con los que salíamos. Nos ayudábamos dándonos consejos.

Después me puse a trapear mi cuarto y me quedé recostada un momento para que se secase y no mancharlo. Mi papá estaba al lado de mi habitación, en su celular, cuando de repente escuché que decía:

—¡No manches, amor!

Bajó corriendo las escaleras. No le di mucha importancia hasta que me llegó un mensaje de mi prima:

—Oye, ¿sabes si uno de mis tíos tiene una Tracker plateada?

—Creo que mi tío César, ¿por qué? ¿Qué pasa?

En ese momento no respondió. Bajé con mi papá a la cocina y de inmediato le pregunté por qué estaba tan preocupado.

—Hija, tu tío tuvo un accidente... acaba de fallecer.

Entré en pánico. No sabía qué hacer ni qué pensar, hasta que me tiré al suelo y empecé a llorar, diciéndole que no era cierto. Me paré rápidamente, subí a mi cuarto por el celular y le marqué a su esposa, preguntándole si él estaba bien. Ella sonaba tranquila, con un tono bastante normal, pero cuando le pregunté:

—¿Dónde está? ¿Por qué no responde?

—Está arreglando unas cosas con tu tía Claudia.

Sabía que no era cierto. Me metí a Facebook para ver si salía alguna noticia, y en efecto: había tenido un accidente automovilístico en las curvas peligrosas.

Solo faltaba saber qué familiar era...

No quería preguntar ni pensar si había sido uno de los gemelos. Vi que uno se había conectado hacía ocho horas y el otro hacía cuatro. Era obvio que era César. No era el que tenía en mente. Claro... a ninguno. Pero nunca lo pensé de él.

Cuando me enteré, lloré más y más, por el simple hecho de que a ti te llamaba “papá”, sabiendo que siempre estuviste para mí: ayudándome con las tareas, recogíendome de la primaria, apoyándome cuando mi mamá me regañaba.

Esa noche no logré dormir, así que me metí a los chats de cada uno y me di cuenta de que uno no se conectó. Puse tus canciones favoritas: *Héroes del Silencio* y *Mago de Oz*, los únicos que, al escucharlos, me recuerdan a ti.

Cerré la puerta de mi cuarto. Solo quería estar en paz, analizando qué estaba pasando, si era real, por qué te pasó eso, haciéndome mil preguntas con un gran dolor de cabeza.

Al día siguiente, no tuve elección más que levantarme temprano para seguir con mis tareas. Mientras metía mi ropa a lavar, recibí un mensaje de su hija:

—Yosh... mi papá falleció ayer en la noche.

No respondí en el momento porque sabía que ella lo estaba pasando peor que todos. Solo le di el pésame y le dije cuánto la quería.

Más tarde me puse de acuerdo con mi prima Reme para llegar al velatorio. Por el tráfico llegué un poco tarde, pero tuve oportunidad de comprarle unas flores a mi tío.

Cuando llegué, mi papá me acompañó. Corrí a abrazar a mi prima, temblando. Luego me acerqué a mi otro tío (su gemelo) y me dijo:

—No llores, hija. No pasa nada. Tranquila.

Solo lo abracé. Sentí que era él. Me sentí segura, imaginando que nada de esto estaba pasando.

Al entrar, tomé fuerte la mano de mi papá. Estaba nerviosa, con ganas de arrodillarme y llorar. Ahí estaba él... con flores y velas. Fui valiente y vi su rostro, para recordarlo por última vez en persona.

Me quedé por horas ahí sentada, observando, recordando todos los momentos. Y por última vez, escuchamos una canción de *Héroes del Silencio*.

Al regresar a casa, caí profundamente dormida, sin pensar que a la mañana siguiente sería mi último adiós.

Recibí llamadas de amigos preguntando si asistiría a clases o por qué no contestaba, pero no quería tocar el tema de nuevo. Me preparé y me cambié para llegar temprano a la misa. Al llegar, acompañé a mi abuelita hasta el frente, observando el ataúd y a las personas importantes que se paraban junto a él.

Terminando la misa, me despedí de él diciéndole que lo quería mucho y agradeciéndole por todas las cosas buenas que compartimos.

Ese mes fue el más difícil, sabiendo que se acercaba mi cumpleaños y él no estaría. Entré en una etapa de mi vida donde solo comía una vez al día y permanecía encerrada en mi cuarto, sin ganas de nada. Agradezco a muchas personas que me ayudaron a salir de esa “bola negra” que me tenía atrapada. No era algo malo... solo necesitaba mi momento para sanar. Y así fue.

Hasta el día de hoy no quiero pensar en que ya no estás, sino confiar en que sigues presente. Recordando tu sonrisa, el brillo de tus ojos.

Es cierto, no pude decirte adiós, pero ahora puedo decir: gracias. Gracias por estar en nuestras vidas, en nuestro corazón y también en nuestros recuerdos.

Michel Evelyn Miranda Maldonado

MUJERES

Las mujeres, en algún momento, podemos llegar a enamorarnos de un hombre como unas idiotas, aunque sepamos perfectamente lo que realmente están haciendo. Sin embargo, por miedo a perderlos, no decimos nada. A pesar de enterarnos de cosas, preferimos callar y seguir como si nada hubiera pasado.

Con el tiempo, pensamos si vale la pena ocultarlo o si debemos vengarnos de alguna manera. Pero al final, lo único que ganamos es sentirnos bien por un momento. Luego, volvemos a la realidad y nos preguntamos: ¿fui inteligente o fui una idiota?

Esta frase nos muestra que una mujer puede ser inteligente y, aun así, darse cuenta —tarde o temprano— de que debe pensar las cosas con claridad para no hacerse daño a sí misma. Porque, eventualmente, el hombre sufrirá más cuando le digas lo que piensas, y se quedará reflexionando sobre lo que hizo... y lo que perdió.

Por otro lado, también fuiste una idiota por no decir las cosas a tiempo, por miedo a depender de alguien que no te valoró, que quiso cambiarte, o que simplemente prefirió estar un rato con otra persona sin saber si ella lo valorará como tú lo hacías.

Desde mi perspectiva, no deberíamos depender de alguien que solo quiere vernos la cara y jugar con nuestros

sentimientos. Pero muchas veces no tenemos el valor de decir lo que sentimos, por miedo al “qué dirán” o a que se burlen de cómo pensamos.

PASARÁN LOS AÑOS Y NUNCA CAMBIARÁN

Cada año pasaba. Contábamos los meses, cada pelea, cada silencio... era como si el tiempo se detuviera, como si todos los días fueran iguales. Una familia de cuatro integrantes: el esposo, la esposa y sus dos hijas. Cada uno con un carácter tan distinto que siempre chocaban al tomar decisiones.

Las hijas estaban concentradas en sus estudios; una era más dedicada que la otra, pero ambas seguían sus metas con determinación, sin presiones y sin que nadie las obligara a hacer algo que no querían. Sin embargo, con el paso de los años, la relación conflictiva de sus padres comenzó a afectar su salud mental. Las niñas se refugiaban en la casa de su abuela, quien las había criado desde pequeñas. Su padre trabajaba todo el día y su madre, en lugar de quedarse con sus hijas, prefería acompañarlo y llevarle comida.

Pasaron los años y la madre nunca se defendió de los maltratos de su esposo.

—No puedes seguir así. Estás afectando a tus hijas, y él no se da cuenta. No le importa — le dijo la abuela.

—A mí sí, mamá... pero ¿cómo voy a sobrevivir si él es quien trabaja? ¿Qué voy a hacer?

Los maltratos continuaron. Cuando la hija mayor cumplió once años, sus padres tuvieron una fuerte discusión que terminó con el padre golpeando a la madre... y

también a la hija. En ese momento, la madre por fin encontró el valor de enfrentarlo. Tomó a su hija y se encerró con ella en la habitación de las niñas. Ahí estaba la hija menor, quien había escuchado toda la pelea.

Al día siguiente, el padre actuaba como si nada hubiera pasado. Todo seguía igual, pero las marcas que dejó en la madre no desaparecieron... y las palabras que dijo, jamás se olvidaron. No hay disculpa que pueda borrar lo que se dijo o se hizo. La madre les pidió:

—No le vayan a decir nada a su abuela.

—¿Pero por qué...?

—Yo sé lo que hago.

La hija menor, con miedo, fue a casa de su abuela llorando. Le dijo que sus padres habían discutido y que su padre había golpeado a su mamá. También le pidió que no le dijera a su madre que ella se lo había contado. La abuela, al escucharla, solo respondió:

—No, yo no diré nada.

Pasaron los días, y la abuela habló con el padre de sus nietas. Le explicó que esa inseguridad y violencia estaba afectando gravemente a sus hijas, aunque él no lo quisiera ver. El padre, con cinismo, prometió que no lo volvería a hacer “por sus hijas”.

Dos años después, ya más grandes y con la madurez suficiente, las hijas hablaron con su padre. Le dijeron cómo sus actos estaban destruyendo a la familia, cómo todos sus enfrentamientos estaban rompiendo lo poco que habían reconstruido con esfuerzo.

Aunque la familia seguía igual, entre discusiones y silencios, ocurrió una tragedia: la pérdida de su abuela, quien había sido el pilar de esa pequeña familia. Los esposos prometieron cambiar... pero hay cosas que no se pueden corregir con promesas.

El padre aún no logra ver el impacto que sus acciones tienen en sus hijas. No entiende que cada discusión, cada golpe, cada palabra, deja una marca que no se borra. Y eso, lamentablemente, es lo que nunca cambió.

Ilsa Aurora Ramírez Arredondo

PESADILLA

Y entonces me desperté alborotada otra vez, con el corazón latiéndome muy rápido y sudando frío, tratando de analizar qué había pasado para despertarme tan de golpe. Me di cuenta de que solo era un sueño... pero era la quinta vez en un mes que soñaba exactamente lo mismo. Lo raro era que, cada vez que despertaba, se me olvidaba por completo lo que había soñado. Tal vez era una advertencia sobre mi futuro, pero mi mente no estaba preparada para saberlo.

Seguí con mi rutina: me metí a bañar, me vestí y me alisté para ir a la prepa. Era un día común y corriente como cualquier otro, pero esta vez sentía que todos me miraban. Mis profesores, mis amigas, mis compañeros... y cuando los volteaba a ver, todos desviaban la mirada de inmediato. Pensé que tenía algo en la cara, así que fui al baño, que estaba completamente solo. Cerré la puerta detrás de mí y me miré en el espejo: todo parecía normal. Pero entonces escuché un ruido extraño.

Me asomé a los cubículos del baño y abrí el primero: no había nada fuera de lo común, solo la taza y un bote lleno de basura. Fui al segundo y, al empujar la puerta lentamente, sentí un escalofrío. La abrí por completo, pero me dio tanto miedo que cerré los ojos. Cuando los abrí... no vi nada. Volví al espejo, pero seguía sintiéndome extraña.

Decidí regresar al salón, pero cuando entré, no había nadie. Me dio miedo, así que bajé hasta el primer piso. Fue entonces cuando noté que, afuera de la prepa, había una ambulancia. No entendía nada. Busqué a mis amigas y las encontré llorando.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hay una camilla y paramédicos subiendo? —pregunté.

Pero nadie me respondió.

Fue entonces cuando vi que los paramédicos bajaban un cuerpo... un cuerpo muy, pero muy familiar. Me acerqué... y vi que era yo.

—No, no, esto no puede estar pasándome —dije, pero nadie me escuchaba—. Yo solo fui al baño y...

Intenté recordar. Solo me venía a la mente ese maldito sueño.

Y entonces lo supe: en el sueño, yo estaba en el baño, ensangrentada, y una niña con una piedra manchada de sangre estaba frente a mí. No se le veía el rostro, pero sentía que estaba muy asustada.

Escuché mi nombre:

—¡Ilsa! ¡Ilsa!

Y luego, no escuché nada... solo el latido de mi corazón, cada vez más fuerte... como si todavía estuviera viva.

MI RECUERDO MÁS BONITO

Cuando era muy pequeña, sentía que el tiempo se me pasaba volando. Ahora me pongo a recordar todos esos bonitos momentos de cuando uno es niño: ingenuo, sin saber tantas cosas, pero aprendiendo todo al mismo tiempo.

Recuerdo que antes solo quería ser grande, tener la edad que tengo ahora, estar en la preparatoria, experimentar cosas que ni siquiera me correspondían todavía. Pero ahora solo pienso en volver a cuando era pequeña, cuando mi única preocupación era divertirme y reír sin parar con mis amigos, con mi hermano... o incluso con la que fue mi niñera: Lopita.

Ella se llama Guadalupe, pero le decimos Lupita. Como me cuidaba desde que era recién nacida, y yo era muy chiqueada, le decía "Lopita". Ella nos ayudaba con la comida en casa, ordenaba todo y me cuidaba muchísimo. La recuerdo con mucho cariño.

Una vez, cuando mis papás se fueron de viaje a Las Vegas y yo estaba en tercero de primaria, me dejaron a cargo de Lopita. Para mí, fueron como unas vacaciones, porque me la pasaba muy, muy bien con ella y con su familia. Vivía cerca de mi escuela, así que me recogía todos los días, y después siempre íbamos por un helado.

Hace como cuatro años, nos dijo que le salió una oportunidad de trabajo en Estados Unidos, así que se fue. Desde entonces, ya no está con nosotros, pero siempre tendrá una gran parte de mi corazón de pollo. La quiero muchísimo. Aunque ya no esté conmigo, cada cumpleaños me manda un mensaje felicitándome, y le agradezco mucho eso.

Ángela Ramos

LOS QUEHACERES DEL HOGAR

Había una vez, en una casa tranquila rodeada de árboles, una adolescente llamada Ángela. Ella siempre tenía mucha energía y le encantaba estar en el celular, pero había algo que no le gustaba nada: ayudar en los quehaceres de la casa.

Un día, después de almorzar, Ángela sintió un gran sueño. Con los ojitos medio cerrados, se acomodó en el sofá y se quedó dormida, sin importarle que su mamá estuviera limpiando y ordenando todo a su alrededor.

Su mamá, Silvia, trabajaba con esfuerzo, quitando el polvo de los muebles, lavando los platos y barriendo el piso. A ratos, miraba a Ángela durmiendo profundamente y, aunque entendía que su hija necesitaba descansar, sabía que también era importante que colaborara en casa.

Finalmente, después de un rato, Silvia decidió que era hora de hablar con ella. Se acercó al sofá y tocó suavemente el hombro de Ángela.

—Ángela, despierta, mami —dijo Silvia con voz suave pero firme.

Ángela abrió los ojos lentamente, se estiró y sonrió.

—¡Mamá, qué calor hace! Quiero dormir un poco más.

Silvia respiró hondo, sabiendo que no sería fácil, pero entendía que era importante enseñarle a su hija la importancia de colaborar.

—Ángela, entiendo que estés cansada, pero hay muchas cosas que necesitamos hacer en casa. Yo también me canso, pero siempre trato de que todo esté bien para todos nosotros. Hoy dormiste mucho y no ayudaste en nada. ¿Sabes cómo me siento cuando hago todo yo sola?

Ángela se sentó, notando que su mamá no estaba enojada, sino un poco triste. Se levantó lentamente y la miró con expresión de arrepentimiento.

—Lo siento, mamá. Me quedé dormida porque estaba muy cansada, pero tienes razón, debería haberme levantado para ayudarte.

Silvia sonrió, orgullosa de la madurez de su hija.

—Sé que a veces el cansancio te gana, pero la casa es responsabilidad de todos, Ángela. Si nos ayudamos, todo se hace más rápido y todos podemos descansar al final del día.

Ángela abrazó a su mamá y le prometió que, a partir de ese momento, ayudaría más en casa, y no solo entre semana, sino también los fines de semana.

Y así, desde ese día, Ángela no solo aprendió a descansar cuando era necesario, sino también a valorar el esfuerzo de su mamá y a colaborar para que su hogar fuera un lugar más armonioso.

NOSTALGIA EN LA CÁPSULA DEL TIEMPO

Uno de los recuerdos que más nostalgia me causa —y que siempre vuelve a mi mente cuando alguien menciona el tema— son buenos momentos que, a la vez, me llenan de tristeza.

Con frecuencia, vienen a mí recuerdos de cuando podía ver todos los días a mi abuelita materna, llamada María Luisa. Ella falleció el 18 de marzo de 2024 por una complicación en el corazón. Recordar ese día me llena de profunda nostalgia. Siempre que llegaba de la escuela, la veía cocinando y mirando las novelas que tanto le gustaban.

Desde que era pequeña, ella estaba conmigo todos los días, ya que mis padres trabajaban todo el día. Eso nos hizo muy cercanas y me volví emocionalmente dependiente de ella. Me enseñó a leer y a aprender las tablas de multiplicar. Aunque solo cursó la primaria, me transmitió muchos conocimientos valiosos.

Cuando no tenía con quién hablar, le contaba todo lo que me pasaba. Ella siempre me escuchaba, me defendía de todo el mundo y, cuando podía, me preparaba mi comida favorita. Me encantaba platicar con ella porque sabía mucho de la vida, por todos los años que había vivido. También era capaz de notar cuando algo me ocurría, incluso sin decirle nada.

Le gustaba contarme sobre su infancia y su vida: sus historias con su mamá, sus hermanas, sus hijos, sobrinos y primos. Era una mujer muy fuerte. Recuerdo que una vez la operaron y, apenas una semana después, ya andaba como si nada, haciendo sus cosas como siempre. No podía estar sin hacer nada, porque no le gustaba descansar.

Este es uno de los recuerdos que más frecuentemente llegan a mi mente. Me gusta recordar los buenos momentos, no los malos. Ella es, sin duda, una de las mujeres que más admiro.

Danna Maribel Rivera Caudillo

EL MONSTRUO DE LOS OJOS ROJOS

Había una vez una niña pequeña llamada Danna, que estaba muy feliz porque iba a ir al parque con sus papás. Pero ese día, sin querer, se cayó y se lastimó. Sus papás la llevaron al hospital, y después de varios estudios, los doctores descubrieron algo muy serio: un tumor maligno en su pie.

Entonces, los médicos dijeron que Danna debía viajar a la Ciudad de México para recibir tratamiento. Allí, la internaron en un hospital durante un mes. Aunque al principio tuvo miedo, Danna encontró compañía: compartía su cuarto con dos niñas de su edad que también estaban enfermas. Ellas ya no tenían cabello, por culpa del tratamiento, y los doctores le explicaron a Danna que quizá a ella también se le caería.

A veces, su mamá se veía muy triste. Pero Danna la abrazaba fuerte y le decía:

—Te amo mucho, mami. Yo voy a cuidar a mi hermanita cuando nazca.

Cada noche, su papá le contaba historias de fantasmas y monstruos para ayudarla a distraerse. Aunque algunas eran un poquito espeluznantes, Danna se sentía segura, porque sabía que su papá siempre estaría para protegerla.

Una noche, mientras iba al baño, Danna vio algo extraño: una figura grande y fea con ojos muy rojos que brillaban en la oscuridad. Sintió un frío recorrerle la espalda y se quedó quieta de miedo... pero el monstruo no hizo nada. Al final, pensó que quizás solo fue un mal sueño.

Poco después, los doctores le dijeron que le harían un último estudio. Si salía bien, podría regresar a casa. Y así fue. Aunque tuvo que quedarse una noche más en el hospital, pronto estaría con su familia.

Esa última noche, mientras su papá dormía a su lado, Danna no podía dormir. Sentía que el monstruo de sus sueños estaba cerca. Abrió los ojos... ¡y allí estaban otra vez esos ojos rojos! No pudo gritar, solo se escondió debajo de las cobijas hasta quedarse dormida.

Al día siguiente, le contó todo a su papá. Él la abrazó y le dijo con voz suave:

—Solo fue una pesadilla, mi amor.

Finalmente, Danna regresó a casa. Todos estaban felices de tenerla de vuelta. Pero, a veces, cuando está sola y lo recuerda, se pregunta en voz baja:

—¿Y si el monstruo de los ojos rojos es real?

Mariana Zárate

HORAS HUECAS

La rutina, tan odiosa como siempre. Me levanto a las cinco. Me alisto para salir. Me aseo y me siento a desayunar. Me levanto, me lavo, me despido y salgo de casa. Me siento en el auto y arranco.

Al llegar a la prepa me encuentro rodeada de estudiantes que se centran mucho en su propio mundo. Platican. Juegan. Usan sus celulares a pesar de que los profesores estén frente a ellos hablando. Hacen mucho ruido, pero al final del día no puedo hacer nada ya que siempre será lo mismo y cambio alguno no habría.

Estoy casi ocho o nueve horas sentada entre cuatro paredes, y a veces, entre ninguna. Nos sentamos una vez más al entrar al salón luego de estar sentados afuera en el receso. Nos sentamos a seguir nuevamente las mismas clases de todos los días. Es molesto que nuestra vida se reduzca a cuatro paredes y a algo tan, pero tan repetitivo.

Cuando salgo, regreso a mi carro, acomodo las mismas cosas y los tres peluches que tengo en él, quienes me hacen mejor compañía que cualquier persona. Ellos saben escuchar. Luego de eso, arranco y salgo.

Al llegar a casa, abro la puerta, tomo asiento unos minutos en el sofá cerca de la puerta, es agotador siquiera respirar y a veces requiero forzosamente sentarme en algún lado.

Me levanto, lavo trastes, y me vuelvo a sentar para comer. Permanezco ahí sentada por horas.

Es aburrido, en serio. Cuando llego a casa estoy sola casi cinco horas y a veces hasta siete. Cuando llega mi mamá no salgo siempre a saludar. No tenemos la mejor relación y sinceramente, no tengo ningún interés en salir a verla. A veces peleamos, y cuando lo hacemos vuelvo a mi cuarto, que es el único lugar donde me siento segura y me siento a llorar. Para mí, sentarme no siempre significa que necesito alguna forma de comodidad. Muchas veces lo relaciono con mi eterna soledad. Con mi eterno abandono.

Muchas veces me siento sola.

Esta vida es más una prisión que una vida.

Larry Esteven

LA INCERTIDUMBRE DEL INFINITO

El universo se ha de expandir
y nosotros debemos seguir.
Y también se ha de contraer,
de lo cual tenemos que aprender.

El universo se ha de crear
y nosotros de comenza.
Y no nos debemos quejar,
sino más bien perdonar.

Tampoco hay que olvidar,
para no tropezar, debemos avanzar.
Mirar al frente y no atrás,
construir un camino hacia la paz.

La vida es un ciclo que nunca termina,
con cada error, la mente se ilumina.
El tiempo avanza sin mirar atrás,
pero cada paso nos lleva a la paz.

Y en el silencio hallamos verdad,
aunque la oscuridad nos da ansiedad.
Siempre habrá luz en la oscuridad,
es nuestra fe la que da claridad.

Todo está en el futuro,
del cual no estoy seguro.
Cae en una singularidad,
de la que no podemos escapar.

Pizarnik

SOY

Soy el alma que ha pasado años buscando una luz al final del túnel, un destello que ilumine mi camino en medio de la oscuridad.

Me siento todo y nada a la vez; fui construida con el amor incondicional de mamá, ese abrazo cálido que siempre me ha sostenido, y con el rechazo de papá, una sombra que me persigue y me hiere.

Soy la persona que anhela el amor de su padre, ese cariño que nunca llegó y que aún duele en el fondo de mi ser. Soy la persona que entrega su alma a quienes no lo merecen, buscando en ellos un reflejo de lo que me falta. Soy la persona que suplica al cielo por un rayo de esperanza, un signo de que mis esfuerzos no son en vano, un recordatorio de que merezco ser amada y valorada.

Soy la niña que se desvaneció en cada fragmento de dibujo que papá arrojaba a la basura, como si cada trazo de mi inocencia se desdibujara en su desprecio. Soy la niña que, en tantas ocasiones, decepcionó a mamá, llevándome el peso de su tristeza en mi pequeño corazón. Soy la niña que sufrió abusos a los 4 años, un trauma que dejó cicatrices invisibles pero profundas.

Soy la niña que ha vivido en la invisibilidad, atrapada en un mundo donde nadie parecía notar mi dolor. La que nunca se sintió bonita al lado de sus amigas, siempre comparando su reflejo con el brillo de las demás, sintiendo que no era suficiente.

En cada rincón de mi ser hay un eco de esa niña perdida, buscando reconocimiento y amor en un mundo que a menudo parece indiferente. Pero también soy la esperanza de renacer, de reconstruirme y encontrar mi voz.

SUEÑOS

Mis sueños son un eco constante de su ausencia. Cada noche, al cerrar los ojos, ella aparece, y su recuerdo se convierte en un tormento que no me deja en paz. La imagen de su sonrisa se entrelaza con la tristeza de su partida, y cada vez que me acuesto, siento cómo el vacío se agranda.

El sentimiento de extrañarla se intensifica con cada amanecer. Revivo esos momentos, y el dolor de su ausencia se hace más agudo. En mis sueños, la ilusión es tan real que me despierto con el corazón desgarrado, como si hubiera vuelto a ver cómo se desvanecía ante mí.

Cada sueño es una repetición cruel: la veo llegar y luego perderse de nuevo. Es un ciclo interminable de anhelos y despedidas, donde cada vez que la veo morir, mi alma se quiebra un poco más. La noche se convierte en un refugio para mis recuerdos, pero también en un campo de batalla donde lucho contra el dolor que nunca parece desaparecer.

QUERIDA R

El tiempo, ese río implacable, ha llevado las cosas a lugares insospechados. Hoy, en este día que marca otro giro en tu curso vital, me encuentro reflexionando sobre

el camino recorrido, sobre los ecos de una amistad que, aunque distante, aún resuena en mi memoria. Veo en las fotografías, en las breves noticias que llegan, la alegría que te rodea, una alegría en la que, confieso, hay una pizca de envidia. Envidio la cercanía de quienes ahora comparten tus días, la complicidad que se respira en esos momentos que, alguna vez, fueron nuestros.

No escribo esto para reclamar el pasado, ni para pedir disculpas, sino para, simplemente, desearte un feliz cumpleaños. Que este año esté lleno de momentos inolvidables, de risas sinceras y de un futuro brillante. Quizás, en algún recodo del camino, nuestros senderos vuelvan a cruzarse. Hasta entonces, que la vida te sonría.

ANHELO

Escribo esta carta con un corazón lleno de una mezcla de dolor y esperanza. A lo largo de mi vida, he sentido profundamente la falta de afecto físico y emocional en nuestra relación. Si bien reconozco que has provisto para mis necesidades materiales, esto no ha podido llenar el vacío que ha dejado la ausencia de abrazos, caricias y palabras de aliento. He crecido a tu lado, pero sin la cercanía y el cariño que anhelaba de un padre.

Recuerdo con tristeza ver a otros padres interactuar con sus hijos, compartiendo momentos de alegría y complicidad que yo nunca he experimentado contigo. La escasez de recuerdos positivos compartidos conmigo alimenta una profunda sensación de soledad y la duda persistente de si realmente me quieres. Entiendo que quizás haya momentos en los que me hayas decepcionado, y lamento

profundamente si eso ha generado arrepentimiento en ti. Quizás mi comportamiento haya contribuido a la distancia que nos separa.

Sin embargo, anhelo una relación diferente. Deseo un día en que podamos disfrutar juntos, un día sin presiones ni expectativas, simplemente compartiendo un momento de conexión genuina. Un simple abrazo, una caricia tierna, una palabra de aliento, podrían significar el mundo para mí. Me gustaría creer que en el fondo me quieres, a pesar de todo. Sueño con una relación más cercana, con una paternidad que me brinde el apoyo emocional que siempre he necesitado. Espero que, en algún momento, podamos construir ese vínculo que tanto anhelo. Espero que, incluso si no en esta vida, en otra podamos ser el padre e hija que siempre soñé.

Con amor y esperanza,
Tu hija.

Sexto
Semestre



Daniela Arriaga Vera

EL CAMINO AL CIELO QUE ANHELAS

Miras por un espejo retrovisor pasar tu vida frente a tus ojos, desde tu nacimiento hasta la adultez.

Tu vida fue buena, aunque no todos tus momentos fueron felices, la aprovechaste al máximo.

Miras satisfecha todo lo que lograste hacer, tal vez fuiste madre, esposa o una abuela amorosa.

Consciente de que terminaste tu labor en el plano terrenal, cierras tus ojos y sientes que tu alma se separa de tu cuerpo. Es ahí donde comienzas a visualizar que una escalera de estrellas desciende desde el cielo, invitándote a subir.

Observas por última vez tu vida pasada, todas las personas que dejaste atrás se despiden de ti, con sus corazones comprimidos en su agonía por perderte.

Al llegar a arriba un hermoso paisaje te recibe. Es ahí donde observas con alegría que todas las personas que se apartaron de tu lado están de nuevo ahí, felices por tu llegada.

Muchas veces pierdes a gente que amas o quieres, pero desde el fondo de tu corazón sabes que tarde o temprano se volverán a encontrar.

LA MUÑECA DE LOS OJOS ROJOS

No recuerdo dónde vivo, solo recuerdo lo que sucedió. Hay una palabra que resuena en mi cabeza y es “asesinar”. ¿Quieres que continúe o me puedo callar? Pues bien, recuerdo que una noche pasé por un cementerio que decían, estaba embrujado por una anciana: una bruja y que hacía sacrificios los días que había luna llena.

Ese día que pasé por el cementerio les juro que oí, primero el llanto de una niña, después unos pasos que se escuchaban dentro del cementerio.

No sé cómo lo hice pero encontré el valor para entrar y lo que encontré en el suelo, lo que ocasionaba el sonido de los pasos, era una muñeca. Pero eso no fue lo peor, lo más aterrador eran dos cosas: la muñeca era de porcelana, por lo tanto era imposible que pudiera moverse y sus ojos eran completamente rojos. La muñeca me miró y me habló con una voz cavernosa y desafiante.

Me preguntó por qué había entrado al cementerio. Muerta de miedo y temblando, le dije que porque había escuchado el llanto de una niña. La muñeca comenzó a reír a carcajadas, me dijo que la niña era solo una de las múltiples almas que habitaban el cementerio y que se habían quedado atrapadas al entrar en él, porque estaba embrujado, por una bruja que se alimentaba de niños. Por esta razón, había lanzado una maldición al cementerio.

Lo último que me dijo antes de desaparecer fue: “Quien pisa el cementerio no sale jamás”.

El tiempo ha pasado y el mundo ha cambiado, no tengo idea de cómo es que lo sé, es como si mi subconsciente me dijera cuantos meses o incluso años llevo en este lugar.

Lo único que sé con certeza, es que he perdido la memoria y los recuerdos de mi vida. El único recuerdo que sigue presente en mi mente es el de haber hablado con una muñeca de ojos rojos como el fuego y ahora estoy caminando por un túnel oscuro que no aparenta tener fin.

A veces corro.

Tarik Tadeo

EN LO PROFUNDO

Recuerdo aquel día en que llegué a ese lugar,
y solo pensaba: *¿por qué hago esto?*
¿Es por deporte, por salud, por diversión?
Quizás por rivalidad...
Pero en el fondo, solo lo hacía para pasar tiempo contigo.

Sentía el agua fría rodeando mi cuerpo,
y con cada brazada, el calor crecía en mí.
Pero al verte siempre delante,
una frustración me invadía:
quería superarte, ganarte, al menos una vez.

Cada día me consumía la envidia,
olvidando los jadeos, el dolor muscular, el cansancio.
Hasta el día en que te fuiste.
Entonces, me pregunté:
¿por qué dejaste de ir?

Ese primer día sin ti,
el agua se sentía más fría, más pesada, más densa.
Todo era más lento, más agotador.
Y al terminar, comprendí que sin nuestra rivalidad,
yo ya no era el mismo.
Me sentía como en lo profundo,
donde solo hay una tenue oscuridad,

y se lucha por no hundirse más.
Tú eras mi impulso,
mi motivación para ser igual o mejor que tú.

Gael Salazar

USTED

Y pensar que antes éramos unos desconocidos,
sin hablarnos, sin vernos.
Pero ahora eres parte de mi historia.
Espero estar haciéndote feliz,
porque yo también lo estoy.
Sea donde sea,
estemos como estemos,
usted nunca me hará arrepentirme de todo esto
que siento,
porque me recuerda que esta vida
no es tan mala después de todo
si usted es mi única promesa.
Usted es de las personas que
no se conocen dos veces en la vida.
Y desde donde estés, te cuidaré
porque ahora estás en mi corazón y mi mente.
Y aunque la vida nos separe
siempre estaré ahí para usted,
pase lo que pase.
Eres la primera persona que supo
ganarse mi corazón poco a poco y así mantenerlo.
No te quiero para un rato, te quiero para toda la vida.

TWILIGHT

En la penumbra del crepúsculo, mi corazón se desgarró, un adiós silencioso al amor que nunca fue, nuestros destinos entrelazados pero separados por la distancia, un suspiro perdido en la vastedad del universo.

En la quietud de la noche, las estrellas nos observan en silencio, testigos mudos de un amor que nunca pudo florecer, nuestros sueños entrelazados en la tela del destino, pero nuestras manos nunca pudieron unirse en el anhelo.

En el eco de nuestros susurros, se desvanece el recuerdo de este amor, un fuego ardiente que consumió nuestras almas en la penumbra, nuestros corazones palpitaron al unísono en la oscuridad, pero la realidad implacable nos separó en el abismo del desencanto.

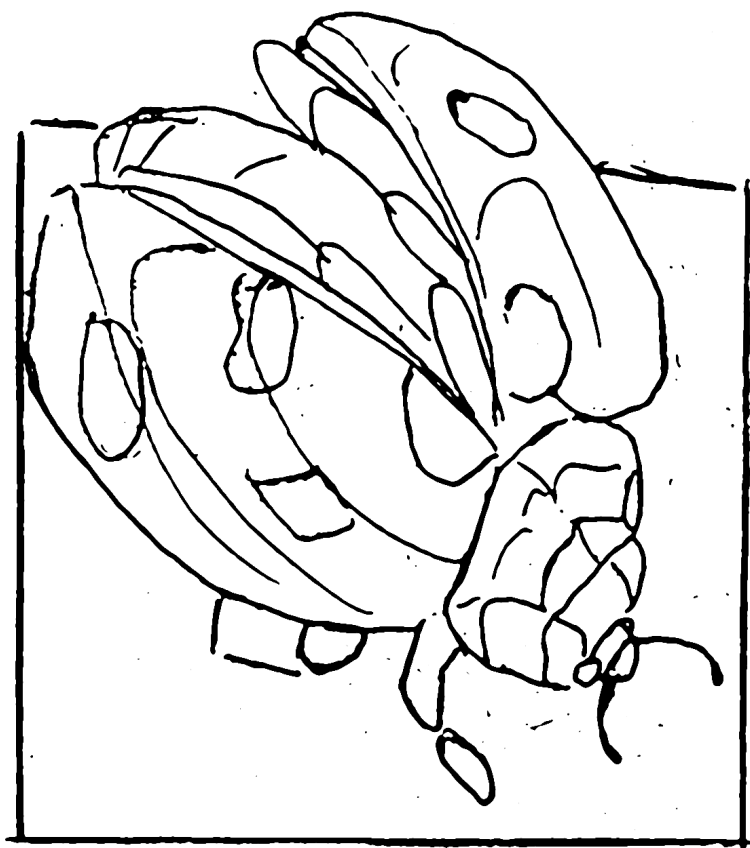
En el santuario de nuestros recuerdos, guardo las huellas de tus besos, susurros de pasión que aún resuenan en los rincones de mi alma, pero el tiempo implacable nos lleva por caminos divergentes, y nuestras promesas se desvanecen en el viento de la despedida.

En el silencio de la despedida, encuentro la paz en el adiós, un canto melancólico que mece mi corazón herido, nuestro amor, un poema inacabado que el destino arrancó de mis manos, pero en el eco eterno de la memoria, siempre vivirá nuestro amor imposible.

En el horizonte lejano, el sol se despide con un beso dorado, una metáfora del adiós que ahora nos separa, nuestros corazones se despiden en la distancia con un suspiro, pero en el universo infinito, nuestro amor brillará como una estrella fugaz.

En el crepúsculo del amor, te digo adiós con un nudo en la garganta, pero en mi corazón, guardo la promesa de un reencuentro en la eternidad, nuestro amor puede ser imposible en esta vida terrenal, pero en el universo infinito, nuestras almas se abrazan en la eternidad del amor.

Profesores



Milton Valtierra

CUANDOME ENCONTRÉ

Cuando me encontré perdido en el mundo, las personas a mi alrededor me nombraron de una forma particular: Milton. A veces me agregaban otro nombre, Roberto, y cuando el asunto era muy formal, añadían al final Valtierra Pinedo.

Sin embargo, cuando decidí aprender sobre todo lo que pudiera encontrar, me volví un errante que no temía en pasar de una opinión a otra, de una materia de ciencias a una de humanidades, de libro en libro, entre la realidad y la fantasía. Por eso, me convencí de buscar otro nombre para mí, uno que reflejara mejor lo que hacía, y me di el título de “el vagabundo de ideas de la figura triste”.

Con eso en mente, al viajar por lo que la humanidad podía pensar, encontré y me quedé por un buen rato en un lugar que enseña magia y locuras, el cual llaman filosofía. Hasta ahora he logrado adquirir el rango de maestro dentro de su academia, mi plan es aprender más, pero lo más importante fue agregarme un título más acorde a mi nueva capacidad. Por eso pensé en describirme como “El colibrí de los 400 pensamientos”.

Así, soy Milton Valtierra, el vagabundo de ideas de la figura triste, convertido ahora en el colibrí de los 400 pensamientos.

Y mañana tal vez adquiriera un nombre más.

EL MITO DE ESKIO

Déjenme hablarles, entonces, de cómo opera la reflexión a partir de un mito griego en particular. Una historia ideal para lo que nos interesa analizar hoy en clase: la manipulación.

Nuestra historia comienza así: hubo un momento en el que Zeus quiso crear al mejor de todos los mortales, y eligió a uno de sus hijos para ese propósito. Su nombre era Eskio y, por petición de su padre, recibió bendiciones de todos los demás dioses.

Sin embargo, Hera, esposa de Zeus, veía con rencor a Eskio, pues era producto de una infidelidad. Por ello, ideó una forma de humillar a Zeus, y no pudo resistirse a provocar que su proyecto del “mejor de los hombres” fracasara... por sí mismo.

Entonces, muchachos, la filosofía trabaja formulando preguntas para descomponer paso a paso lo que deseamos comprender. Así que una primera cuestión ideal sería: ¿cómo definirían o explicarían qué es manipular? Si me permiten una humilde sugerencia, podríamos decir que es encaminar a una persona a hacer algo que a nosotros nos interesa. ¿Les parece razonable? Excelente. Ahora, como segunda pregunta: ¿cómo logramos eso? Simple, jóvenes: una respuesta acertada podría ser que, si localizamos un elemento clave en el objetivo que, al modificarse, también modifique a la persona, entonces tenemos una vía. En otras palabras, una debilidad.

Hera no podía afectar directamente a Eskio, pues sufriría la ira de todos los dioses que habían bendecido al

héroe. Tampoco podía enviarle algo que lo destruyera, ya que él era demasiado fuerte e inteligente. Así fue como se le ocurrió una brillante treta.

Esto nos lleva a una tercera pregunta: ¿qué se hace cuando el objetivo no tiene una debilidad? Es entonces, muchachos, cuando hay que crearle una. ¿Cómo? A través de la necesidad. Eso fue lo que hizo Hera: recordó que ella era la única que no le había dado una bendición, así que, como diosa del hogar, le otorgó la bondad de proteger a todos los demás. Ningún dios se opuso, y pronto Eskio se volvió el héroe de su ciudad por su gran generosidad. Pero lo que los otros dioses no sabían era que, dentro de él, crecían la culpa, el miedo y la soledad.

¿Y cuál, clase, es la situación ideal para crearle una debilidad a alguien? La soledad. El aislamiento es el mejor terreno para generar necesidades. Hera lo sabía bien, y poco después de otorgarle su “bendición”, Eskio comenzó, por voluntad propia, a buscar la soledad. Entonces Hera vio la oportunidad que había planeado y le envió un regalo.

Esta puede ser la pregunta más desgarradora: ¿cuál es una buena debilidad? No, mejor aún: ¿cuál es la mejor debilidad que se le puede provocar a una persona? La respuesta es sencilla: el amor. Hera le envió a Eskio un cordero. Este animal era tierno y leal, y a su lado, el héroe conoció una felicidad profunda como nunca antes. Deseó no separarse jamás de su nuevo amigo.

Aquí surge una duda inevitable: ¿por qué el amor sería una debilidad si da felicidad? Una excelente pregunta. La razón es un detalle crucial: el amor es tan peligroso porque nace de algo externo. Es algo que las personas no pueden controlar, porque proviene de otro ser, y por lo tanto, no se lo pueden quitar a voluntad.

Hera entonces hizo su jugada: provocó que el cordero deseara alejarse, cada día un poco más, hasta anhelar un prado en particular: el de Apolo. Y así llegamos a la siguiente pregunta: ¿cómo podemos usar la debilidad del objetivo a nuestro favor? Afectándola, para que el objetivo haga lo que queremos.

Eskio sabía que no podía permitirle al cordero llegar allí, pues ningún mortal podía acercarse a ese lugar sin morir en el intento. Intentó atarlo con un lazo al tobillo, pero Hera hizo que el deseo del animal fuera tan intenso, que terminó rompiéndose la pata para poder escapar. Al ver esto, Eskio sufrió un dolor más profundo que cualquier arma pudiera causarle.

Alguien del otro grupo me preguntó si hay una forma de perder una debilidad. Una gran pregunta. Sí, clase, sí la hay. Toda debilidad nace de una necesidad, y si esa necesidad se satisface o desaparece, la debilidad también se pierde. Pero ese no fue el caso de Eskio. Él sabía que no podía retener al cordero sin hacerle daño, pero tampoco quería separarse de él ni volver a sentir aquel dolor. Aun así, prefería verlo feliz antes que todo.

Ahora bien, si su situación hubiera sido distinta, si su objetivo pudiera liberarse de la necesidad que le han generado, ¿qué podrían hacer ustedes para evitarlo? Aquí entra en juego el doble beneficio de la soledad. Primero, ya dijimos que es el mejor momento para crear necesidades. Y el segundo efecto es que impide que el objetivo experimente cambios. Si nada cambia, la necesidad se mantiene y, con ella, la debilidad. Por eso, lo más útil es aislar al objetivo: cuanto más alejado de todo y todos, mejor.

Entonces, uno de los dioses comprendió lo ocurrido. El deseo de Eskio por proteger lo llevó a preocuparse

tanto por los demás, que comenzó a temer ser él quien pudiera hacerles daño. Acabó convenciéndose de que era un peligro y se aisló. Para cuando las deidades intentaron calmarlo, ya era demasiado tarde.

Eskio le pidió a Afrodita, quien ignoraba su estado, que cuidara de su cordero, incluso si eso implicaba llevarlo a un lugar donde él no pudiera ir. Le rogó que encontrara una forma de engañar a Apolo y así poder acompañar, de algún modo, a su único amigo. Conmovida y entre lágrimas, Afrodita aceptó y convirtió a Eskio en la sombra del cordero. Así, dondequiera que el dios Sol mirara, Eskio estaría del otro lado, oculto tras su amigo y muy cerca de él... pero nunca con él.

Los dioses contemplaron ese gesto como el acto más noble que alguien podía hacer. Decidieron que el mejor de los hombres debía acompañar siempre a sus semejantes. Esperaban que, al igual que con su cordero, Eskio protegiera a los mortales y los guiara con su presencia a ser igual de fieles.

El mejor de todos los hombres, generoso y noble desde lo más profundo de su corazón, ahora nos acompaña a causa de un acto cruel y diabólico. Ese es el final del mito. Ahora saben con precisión por qué ocurrió de ese modo. Esos son los secretos que les esperan si siguen este camino entre la filosofía y la literatura: comprender perfectamente los horrores más bellos del mundo.

Y ahora que lo saben... ¿qué harán con ello?

Ana Paulina Calvillo

CON LA NOCHE DE COBIJO

—Mira, mira ese descolorido y descalabrado.

—¡Es el bribón de Calleja!

—¡Ahora no te vas a escapar, perro!

Pero no era Calleja al que traían cautivo, sino a García, y lo llevaban casi a rastras, porque —decían los indios— el holgazán estaba acostumbrado a vivir bajo la sombra, sin la virilidad para trabajar la tierra ni las agallas para hacer la guerra. Quizá no lo confundieron, quizá el insulto fue deliberado, porque si García no caminaba erguido y hasta a ratos lo amarraban a la brida, era que ya llevaba seis días andando, con poca agua y sin mendrugo. Una piedra certera, en Acámbaro, le abrió la cabeza y la sangre se le encostraba entre el pelo y el sudor.

No soy el descolorido de Calleja, se decía a sí mismo, sino García. Capitán efectivo del Regimiento de Dragones y, sobre todo, ingeniero topógrafo: grabador del plano del pueblo de Tulancingo, el Plano General de la Ciudad de México y tantos otros que me valieron el nombre y el conocimiento del terreno, susurró el artista desde el fondo de su pecho donde el corazón se le aceleraba a ratos y a ratos se le detenía.

De pueblo en pueblo y de rancho en ranchería se iban sumando, se multiplicaban los rebeldes y hasta García había visto caras conocidas. En la juntura del Lerma reconoció a Gaviño y al otro de nombre Ayala, si no se equi-

vocaba. Pero los dos habían bajado la cara y escondido los ojos; García no supo si por vergüenza propia o por la ajena. Fueron sus subordinados en la milicia el único año que accedió al juego de jerarquías; son pendejadas, pensó él, pero los otros dos escurrieron el bulto y se dieron la vuelta para arrear a los rezagados.

El primer cañonazo los tomó desprevenidos, era el regimiento de Trujillo, lo supieron por la precisión de la estrategia. La indiada sacó las resorteras tan en serio como si se tratase de un fusil. El mariscal Balleza fue quien liberó a García del animal que, parado en las patas traseras y relinchando, lo levantaba por los aires. Era el mismo hombre que lo había acusado de envenenar el alcohol en Valladolid, entonces García se dio cuenta que le traía ganas, pues bien sabía Balleza que la intoxicación de los salvajes era por la mucha ingesta y por los ánimos del pillaje.

El mariscal colocó a García y a los otros prisioneros en medio de los cajones de pólvora, para volarnos si hace falta, pensó el capitán que más que milico comenzaba a ver la escena de batalla con sus ojos de ingeniero: una loma aquí y detrás, más allá de ese pecho atravesado con la bayoneta, el bosque de oyamel. Mientras sus captores defendían el terreno ganado a golpe de piedra y hoz, García se fue perdiendo de a poco en los altos pastizales hasta hallar el pozo y fingirse muerto.

Los sonidos de la batalla se mezclaban con los gritos de guerra, los vivas a la Virgen y los falsos rumores: el coronel Trujillo está ajusticiado. Ya entrada la noche se fueron apaciguando los aires hasta que García escuchó el silencio que sólo la muerte puede traer al campo. Un mutismo sin grillos y sin sapos, uno de miedo y expectativa. Con la oscuridad conseguida García volvió de su falsa

muerte y cruzó el campo de batalla; iba pisando cadáveres y se le representaba en cada paso alguno de sus amigos, dignos de mejor suerte.

Calculó tres días andando a la ciudad, dos si cortaba por el Valle del Potrero, pero sabía de los pueblos embravecidos debido al hambre y al desconcierto; entendía que si lo mantuvieron vivo fue gracias a su calidad de prisionero de guerra, a la posibilidad que su vida ofrecía para la negociación. Siguió por la sierra. Un viento frío anunciaba la entrada de noviembre y se le colaba por la chupa. Extrañó su casaca que había quedado en manos de un indio joven, casi un chamaco y sin ningún diente. Así los había visto en Valladolid, descalzos, sucios y borrachos con la vestimenta del corregidor o de otros criollos.

Tomó hacia Peña de Barrón y fue sorteando farallones donde se le resbalaban las botas por la humedad. Tenía la noche de cobijo, pero estaba cansado y se inclinó sobre la roca, tan sólo un momento, se dijo.

No la vio, pero supo por dónde se acercaba. Por el sonido de su cascabel debía pesar al menos cinco kilos. Él no era el alimento habitual, ni siquiera posible para una víbora, pero se trataba de supervivencia, ambos lo sabían y el animal le llevaba ventaja.

Índice

Segundo Semestre

- 9 Sofía Moreno
14 Santiago Salinas Miranda
17 Francisco Xavier Navarro Aguirre

Cuarto Semestre

- 21 Isabella Torres
25 Jorge Alberto Ortiz Hernández
28 Fátima Regalado
36 Miranda Zarahí Yllades Aguiñaga
38 HMA
40 Gisele Zavala
43 Esli Gabriela Arredondo Barrón
46 Jhana Palafox
47 Ámbar Luna
50 Stefania Buenrostro Zavala
55 Matías López
56 PVM
59 Neftalí Palacios
68 Zurisadai Rodríguez

72	Michelle Fernanda Salazar
73	Wences
75	Roberto Vivanco Silva
79	Ali Ramírez
81	Ulises Chowell
83	Valeria Gálvez Ruiz
88	Michel Evelyn Miranda Maldonado
92	Ilsa Aurora Ramírez Arredondo
95	Ángela Ramos
98	Danna Maribel Rivera Caudillo
100	Mariana Zárate
102	Larry Esteven
104	Pizarnik

Sexto Semestre

III	Daniela Arriaga Vera
II4	Tarik Tadeo
II6	Gael Salazar

Profesores

121	Milton Valtierra
126	Ana Paulina Calvillo

Cosecha de silencios, Antología de escritura creativa
se imprimió en mayo de 2025 en los talleres gráficos
de Custom Printing SA de CV

